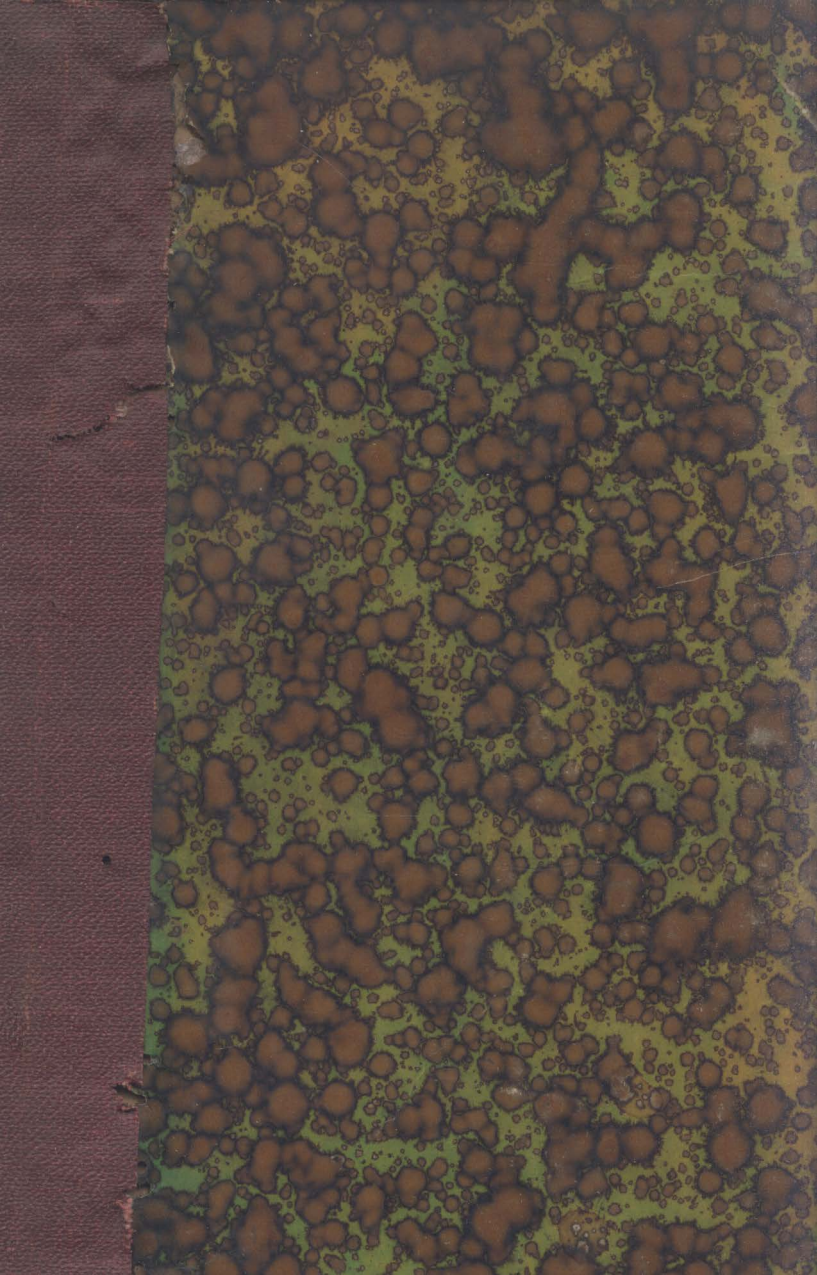




BIBLIOTECA ILUSTRADA PARA NIÑOS

IX



—Novia, novia, dame la guirnalda.

22.558

210.90
96
Cuentos de Calleja

CUENTOS DE CALLEJA

LA GALLINITA Y EL POLLITO

ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA,
GROS, PICOLO, CABRINET Y ANGEL



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS



LA GALLINITA Y EL POLLITO

Éranse una gallinita y un pollito que fueron juntos á una avellaneda, y se pusieron á buscar avellanas. Cuando llegaron dijo el pollito á la gallinita: «Cuando encuentres una avellana no te la comas tu sola, dame la mitad, porque sino te vas á ahogar.» Pero la gallinita se había encontrado una avellanita, se la comió ella sola, y el fruto se le había quedado atascado en la garganta, de tal modo, que la iba á ahogar, y exclamó angustiada: «¡Pollito, pollito, traeme pronto un poco de agua, porque si no me ahogo!» Entonces fué volando el pollito al pozo y le dijo: «Pocito, pocito, dame agua, para que yo se la dé á mi gallinita que está allá arriba en la avellaneda y se va á ahogar.»



.....dió corriendo á la vaca.....

LA GALLINITA Y EL POLLITO

Y el pocito contestó: «¡Primero irás á casa de la novia y me traes la guirnalda!» Entonces marchó corriendo el pollito á casa de la novia y la dijo: «Novia, novia, dame la guirnalda, para que yo dé la guirnalda al pozo, para que el pozo me dé agua, para que yo le dé agua á mi gallinita, que está allí arriba en la avellaneda, y se va á ahogar.» Pero la novia le dijo: «Antes irás á casa del zapatero y me traerás mis zapatos.» Y cuando el pollito llegó á casa del zapatero, le dijo éste: «Primero irás á casa del cerdo y me traerás manteca.» Y el cerdo le dijo: «Primero vas casa de la vaca y me traes leche.» Y la vaca le dijo: «Primero irás al prado y me traerás hierba» Cuando el pollito llegó al prado y le pidió hierba, fué éste bondadoso y le dió muchas flores y hierba, que el pollito dió corriendo á la vaca y obtuvo por ello leche, y por la leche le dió el cerdo manteca, y con ella untó el zapatero su piel é hizo corriendo los zapatos de la novia; y por los zapatos dió la novia la guirnalda que el pollito llevó al pozo, y éste brotó inmediatamente su clara agua y llenó el vasito que puso debajo el pollito. Con gran prisa volvió ahora el pollito á la avellaneda; pero cuando llegó el pollito ya se había ahogado la gallinita.

Entonces el pollito, de dolor, se puso á cantar: quiquiriquí, quiquiriquí, tan fuerte, que le oyeron



¿A dónde quieres ir pollito?

todos los animales de los contornos que acudieron y lloraron la muerte de la gallinita.

Seis ratoncitos construyeron un cochecito mortuorio, y en él colocaron á la difunta gallinita, se uncieron á él y fueron tirando. Cuando iban ya de camino el pollito, la gallinita muerta, los ratoncitos con el carro mortuorio, vino la zorra y preguntó: «¿Adónde quieres ir pollito?»—«¡Yo quiero enterrar á mi gallinita!»—«¡Eso lo haré yo, necio!» exclamó la zorra; se comió la gallinita porque no hacía mucho tiempo que se había muerto, y así la enterró en su buche. Entonces el pollito se puso á llorar amargamente diciendo: «Entonces quiero yó morir, para estar con mi gallinita.» «Así debe ser,» le contestó la zorra; y se comió al pollito, que vino así á juntarse con su gallinita. Entonces se pusieron á llorar los ratoncitos por el pobre pollito, y la zorra creyó que también querían morir, y se los tragó. Pero como los ratoncitos estaban uncidos al carrito, se tragó también el carrito, y la lanza le partió el corazón, y se cayó muerta tendida á la larga y con las cuatro patas estiradas.

Entonces vino volando un pajarito, se paró en una rama de tilo, y se puso á cantar: «La zorra se ha muerto y está tiesa como un garrote; la zorra se ha muerto y está tiesa como un garrote.»

Un cazador que llegó entonces, la abrió el vientre y como en su ansia la zorra se había tragado á sus víctimas sin mascarlas, los ratoncitos y el pollito salieron vivos. Entonces el cazador sacó con unas pinzas la avellana que estaba detenida en la garganta de la gallina y ésta revivió, porque aunque parecía muerta no lo estaba. Después dejó que se marchasen tranquilamente todos estos animalejos y quitó á la zorra la piel para aprovecharla.



EL PRÍNCIPE Y LA HADA

Un Rey de la India tenía tres hijos á cual más virtuosos y dignos y valientes. El mayor de ellos llamábase Hussain: el segundo Alí, y el más pequeño, Ahmed. Vivía al amparo de este Rey una Princesa, sobrina suya, joven, hermosa, discreta, y digna del favor que recibía en la corte. De ella estaban enamorados sus tres primos, y el Rey, llegada la época de que tomase estado, conociendo los sentimientos de sus hijos, les llamó y les dijo:

—Hijos míos, sé muy bien que los tres deseáis que os conceda la mano de la princesa Nurunihar, pero como es imposible que la case con los

tres á un tiempo, he imaginado un medio por el cual resolveré el conflicto en que me veo, de tener que dar la preferencia á uno sobre los otros.

Es preciso, pues, que hagáis un viaje que durará tres meses. El que á la vuelta me traiga el objeto más extraño y peregrino, la cosa más rara y desconocida, ese se casará con su prima.

Dióles el tesorero del Rey las cantidades suficientes para el viaje á los Príncipes, y después de ponerse de acuerdo respecto del lugar en que habían de encontrarse á la vuelta, salieron de la ciudad tomando cada uno distinto camino.

El hermano mayor se dirigió á Bisnagar, hospedóse en el barrio de los mercaderes, y después de haber descansado de las fatigas de un viaje que había durado un mes, se dispuso á buscar un objeto digno de ser presentado en el singular concurso propuesto por su padre.

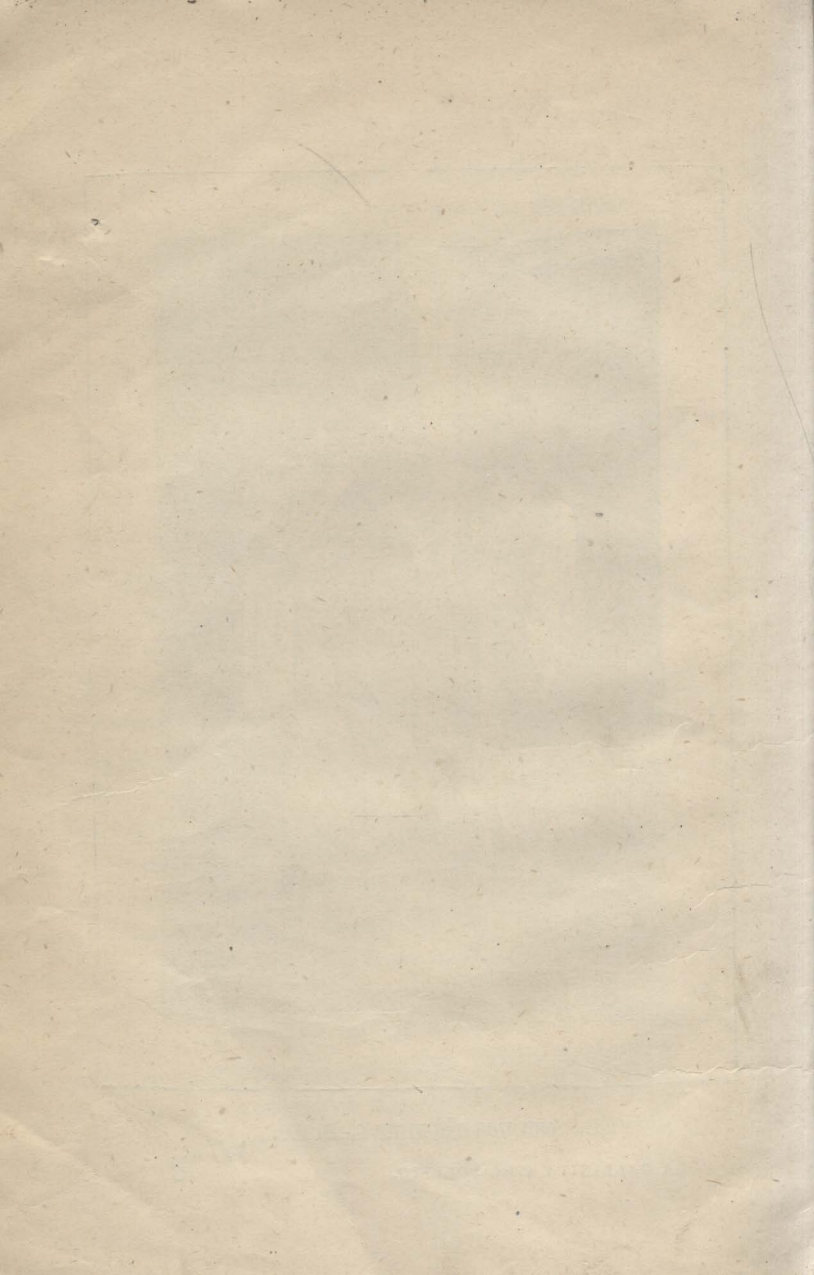
Una tarde, cansado de buscar y rebuscar en todas las tiendas de los mercaderes, en las cuales no encontraba más que cosas de todos vistas y conocidas, acertó á pasar por su lado un corredor con una alfombra al brazo, que á voces iba proponiendo su venta en una cantidad enorme. Chocóle esto, tanto más, cuanto que la tal alfombra no tenía nada de extraordinario, por cuya razón preguntó al corredor por qué pedía tan gran cantidad por un objeto que en realidad no tenía valor alguno.



..... con una alfombra al brazo.....

LA GALLINITA, Y EL POLLITO.

2



—Señor—le contestó—esta alfombra tiene la propiedad de que sentándose su propietario en ella se traslada inmediatamente al lugar á que quiera ir sin que le detenga ningún obstáculo.

Hecha la prueba resultó verdadera la extraña propiedad del tapiz; por cuya razón no dudó en comprarla, persuadido de que sus hermanos no llevarían otro objeto de más valor.

El príncipe Alí se dirigió á Persia, y, como su hermano, se dedicó á buscar algo digno que llevar á la corte. Presentándosele un día un vendedor ambulante que llevaba un canuto de marfil por el que pedía algunos miles de monedas de oro, preguntó el Príncipe qué era lo que tenía de raro aquel canuto para valer tan gran cantidad, á lo que respondió el vendedor:

—Mirando por uno de sus lados se ve cuanto se desea por lejano y escondido que esté.

Miró el joven Príncipe deseando ver al Rey, su padre, y lo vió bueno sentado en su trono y celebrando Consejo con sus Ministros; deseó ver á la princesa Nurunnihar, y la vió en su tocador rodeada de sus doncellas. No hay que decir que Alí pagó sin regatear al precio que le pedían por el antejo.

El príncipe Ahmed se dirigió á Samarcanda, en donde compró á gran precio una manzana que tenía la propiedad de curar las enfermedades con

que sólo la oliesen los enfermos, aun cuando éstos estuvieran en el trance de la muerte.

Llegada la época señalada para el regreso, reuniéronse los tres hermanos en el lugar que de antemano tenían señalado, y después de haber hecho la relación de sus viajes, se presentaron los objetos que cada uno había comprado.

Como tenían tiempo de hacer la prueba de la alfombra y la manzana, quisieron hacerlo en seguida con el canuto de marfil, y apenas hubieron mirado, vinieron en conocimiento de que la Princesa su prima se estaba muriendo.

En vista de esto, y para utilizar el poder de la manzana de Ahmed, sentáronse en la alfombra y formaron el propósito de trasladarse á la habitación de la Princesa. Cumplióse su deseo con tanta rapidez, que aun no habían advertido su salida de la casa en que estaban, cuando se encontraron en el palacio de su padre y en la cámara de su prima.

Las gentes que le asistían, al ver que entraban allí aquellos tres hombres, y desconociéndolos al principio, se preparaban á echarse sobre ellos como hombres que habían penetrado en un sitio donde ni aun les era permitido acercarse; pero al momento reconocieron su error viendo que eran los Príncipes.

No bien se vió el príncipe Ahmed en el cuarto de la Princesa, se levantó de la alfombra sin dete-



.....y ella se apresuró á manifestarles.....

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

nerse, como también sus dos hermanos, y acercándose al lecho, le dió á oler la manzana. Poco tiempo después la Princesa abrió los ojos y volvió la cabeza á todos lados mirando á las personas que la rodeaban, é incorporándose un poco pidió que la vistiesen, con la misma libertad y conocimiento como si no hubiese estado enferma. Sus criadas la expusieron al punto, con muestras del mayor contento, que debía la obligación de su súbito restablecimiento á los tres Príncipes, sus primos, y en particular á Ahmed, y ella se apresuró á manifestarlos el placer que tenía de verlos juntos, dándoles las gracias á todos en general, pero con más particularidad á este último; y como había pedido que la vistiesen, los Príncipes la expresaron la satisfacción que tenían por haber llegado tan á tiempo para contribuir á salvarla del peligro evidente en que la habían visto, haciendo ardientes votos para la duración de su vida, y en seguida se retiraron.

En tanto que la Princesa se vestía, los Príncipes fueron á echarse á los pies del Rey, su padre, y vieron que se había anticipado el principal eunuco de la Princesa, quien le informaba de su repentina llegada, y cómo por su medio acababa la Princesa de recobrar la salud. El Sultán los abrazó, y después de los recíprocos cumplimientos, los Príncipes le presentaron las curiosidades que llevaban.

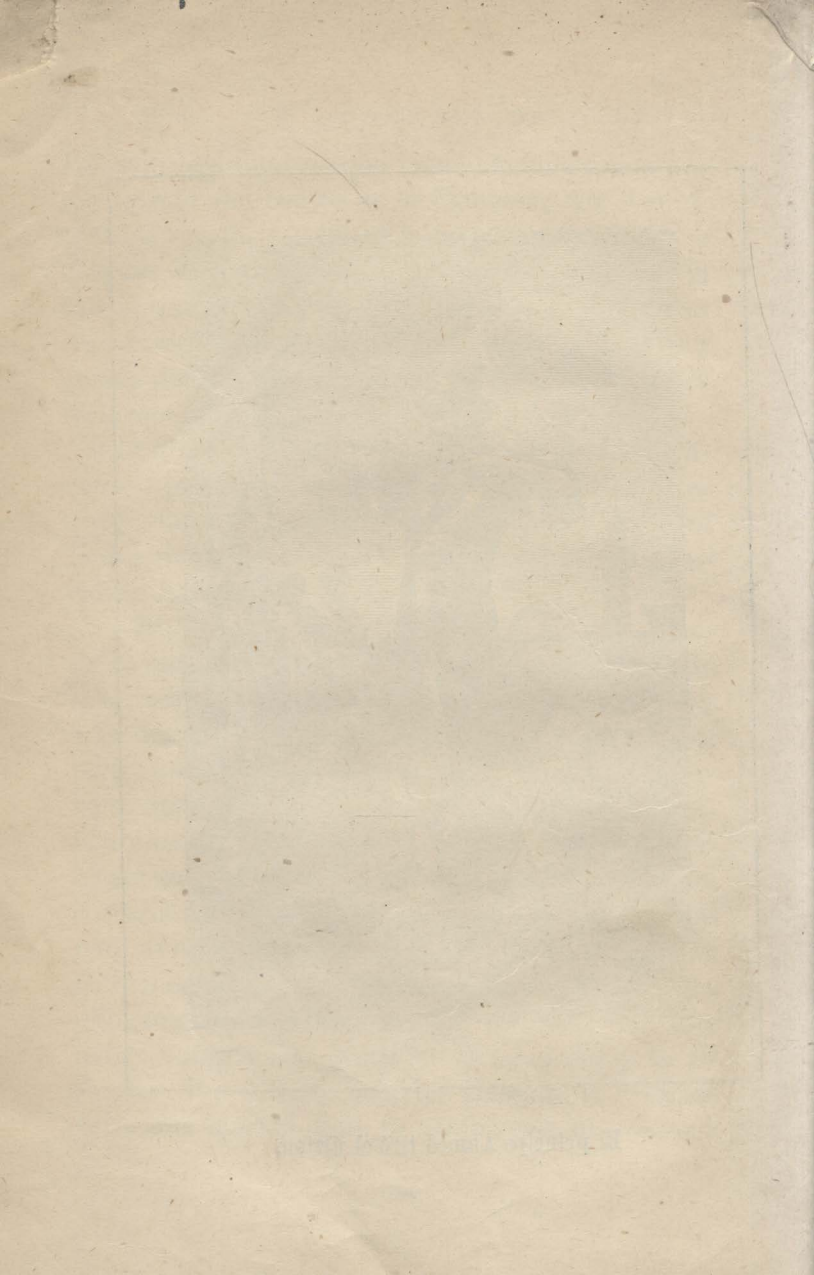
Hussain la alfombra, que había cuidado tomar antes de salir del cuarto de la Princesa; Alí el anteojito de marfil, y Ahmed la manzana artificial; y después de haber elogiado cada uno de por sí la rareza que entregaban en sus manos, le suplicaron declarase á cuál de ellos daba la preferencia, y por consiguiente, quién era el feliz poseedor de la Princesa, en cumplimiento de su palabra.

El Sultán de las Indias escuchó cuanto los Príncipes dijeron, sin interrumpirlos, e informado, se quedó un corto rato pensativo, reflexionando en lo que debía contestarles; por fin, rompió el silencio de este modo: X

—Hijos míos, daría la preferencia á cualquiera de vosotros, si pudiese hacerlo sin faltar á la justicia; pero considerad mi posición. A ti Ahmed, y á tu manzana artificial, debe su vida la Princesa; pero ¿lo hubieras conseguido, si antes no te hubiese dado el anteojito de Alí á conocer el inminente peligro en que se encontraba, y si no te hubieses servido de la alfombra de Hussain para socorrerla á tiempo? Tu anteojito, Alí, ha servido para avisar que peligraba la vida de vuestra prima la Princesa, y es preciso convenir que te debe esta obligación, y también que me concedas que este aviso hubiera sido inútil sin la manzana y la alfombra. Por último, príncipe Hassain, la Princesa sería una ingrata si no te manifestase su gratitud,



El príncipe Ahmed tiró el último.



pues que tu alfombra le ha procurado su curación; pero considera que de nada hubiera servido para contribuir á su efecto, si no hubieses tenido conocimiento por medio del anteojoito del príncipe Ali y la manzana de Ahmed. Por consecuencia, como ni al alfombra, ni el anteojoito, ni la manzana, dan la preferencia á ninguno de los tres, no puedo conceder la mano de la princesa Nurunnihar dando la preferencia á uno solo de vosotros.

Así, pues, añadió el Sultán, me veo precisado á recurrir á otro medio para determinarme con certeza á quién debo dar la preferencia, y como aun queda mucho tiempo hasta la noche, podemos intentar ahora mismo la solución de este problema. Id y tomad un arco y una flecha, y dirigíos á la llanura de los ejercicios de caballos que está fuera de la ciudad; voy á prepararme para acudir á ella, y aquel que dispare más lejos la flecha será esposo de la Princesa.

Los tres Príncipes no opusieron objeción alguna á la decisión del Sultán, su padre, y al salir les dieron un arco y una flecha á cada uno, encaminándose seguidos del pueblo que tenía conocimiento del suceso, á la explanada de los ejercicios de caballos.

El Sultán no se hizo esperar; tan pronto como se hubo éste acomodado, el príncipe Hussáin cogió su arco y su flecha y tiró el primero en su ca-

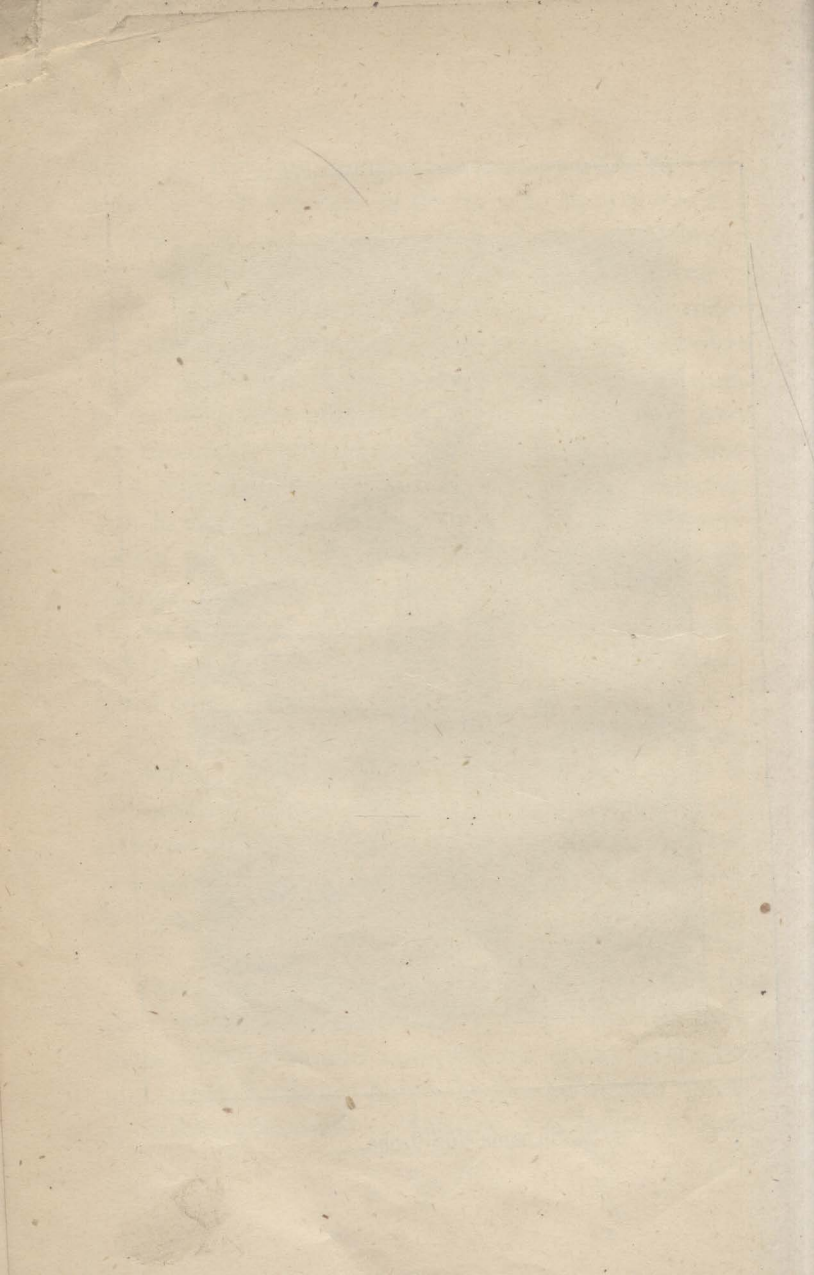
lidad de hermano mayor; el príncipe Alí tiró en seguida, y se vió caer la flecha más lejos que la de su hermano. El príncipe Ahmed tiró el último, mas se perdió de vista la suya y nadie la vió caer; corren y la buscan por todas partes, pero por más diligencias que hicieron, no fué posible encontrarla ni cerca ni lejos. Aunque fuese creíble era el que había alcanzado más lejos, y por consiguiente había merecido se le concediese la mano de la princesa Nurunnihar, sin embargo, como era necesario que la flecha pareciese para probar este extremo de un modo evidente, á pesar de cuanto dijo al Sultán, no pudo menos éste de decidirse por Alí. En su consecuencia, dió las órdenes para los preparativos de la boda que, pasados unos días, se celebró con grande magnificencia.

No asistió á la ceremonia nupcial el príncipe Hussain, y sintió tanto la preferencia dada á su hermano que abandonó la corte y renunció su derecho de sucesión á la corona para ir á hacerse peregrino, poniéndose bajo la dirección de un sabio que había establecido su residencia en un delicioso paraje no habitado por persona alguna.

Tampoco concurrió á la boda el príncipe Ahmed; pero no se retiró del mundo como su hermano. No pudiendo comprender cómo la flecha que había tirado se había hecho en cierto modo invisible, abandonó su familia; y resuelto á bus-



.....vió caída una flecha.....



carla, de modo que no le quedase la menor duda, se dirigió al sitio en que habían encontrado las de sus hermanos. De allí siguiendo hacia adelante, y mirando á todos lados, se alargó tanto, sin encontrarla, que juzgó inútil su trabajo; sin embargo, atraído como á la fuerza, continuó su marcha hasta unas rocas muy elevadas, y en extremo escarpadas, que estaban situadas en un sitio estéril, á cuatro leguas de donde había partido.

Después de estas rocas, vió caída una flecha; quedándose pasmado al ver era la misma que él había tirado.

Esta flecha es la mía, se dijo; pero ni yo ni ningún mortal puede tirar una flecha á tan larga distancia.

La suerte, después de haberme afligido privándome de un bien que debía hacer la felicidad de mi vida, me ha reservado con este suceso extraordinario algún otro para mi consuelo.

Se internó por una de las muchas hondonadas del terreno, y examinando todos los salientes uno por uno, se presentó á su vista una puerta de hierro. Figurándose que estaría cerrada, la empujó un poco, y se abrió hacia adentro, descubriendo una pendiente muy suave, por la que bajó con la flecha en la mano. Supuso que al avanzar entraría en las tinieblas; pero muy pronto otra luz en un todo diferente sucedió á la que de-

jaba; y entrando en una plaza espaciosa, como á unos cincuenta ó sesenta pasos, divisó un magnífico palacio de admirable construcción. Al mismo tiempo una señora, con aire y porte majestuoso, tan hermosa, que su suntuoso traje y los brillantes de que estaba adornada no la daban realce alguno, se dirigió al atrio acompañada de una porción de criadas.

El príncipe Ahmed se adelantó á rendirle sus respetos, y ella al verlo llegar le dirigió estas palabras, alzando la voz:

—Príncipe Ahmed, acercaos, y seáis bien venido.

—Señora, ¿cómo es que me conocéis, cuando á pesar de nuestra gran vecindad, en mi vida he tenido el honor de veros?

—Príncipe, me decís que estáis sorprendido de que yo os conozca siéndoos tan desconocida, y cesará vuestra sorpresa así que os diga que soy hija de uno de los genios más poderosos y distinguidos; mi nombre es Pari Banu. Y no sólo os conozco, sino que también tengo noticias de vuestro amor y vuestros viajes, y podré deciros todas sus circunstancias, pues que yo he sido quien hizo poner en venta en Samarcanda la manzana artificial que habéis comprado; en Bisnagar la alfombra del príncipe Hussain y en Schiraz el anteojito de marfil de Alí. Basta para que comprendáis que no ig-



Señora, ¿cómo es que me conocéis?.....

LA GALLINITA Y EL POLLITO.

noro nada de cuanto os toca; lo único que tengo que añadir es que me habéis parecido digno de otra suerte mejor que la de poseer á la princesa Nurunnihar, y para que lo consiguieseis, como me encontraba presente cuando tirasteis la flecha que tenéis en la mano, y preví que no pasaría ni aun á la del príncipe Hussain, la cogí en el aire y la dí el impulso necesario para venir á dar contra estas rocas, en cuyas inmediaciones la habéis encontrado. Ahora depende de vos el aprovecharos de la ocasión que se os presenta de llegar á ser más venturoso.

La hada Pari Banu pronunció estas palabras como cortada, dirigiendo una mirada cariñosa á Ahmed, tan llena de modestia y rubor, que éste no tuvo dificultad en adivinar la felicidad de que le hablaba. La hada superaba á la princesa Nurunnihar en hermosura, atractivos y gracias, talento y en riqueza, tanto como podía conjeturarlo por la magnificencia de aquel palacio, y bendijo el momento en que se le había ocurrido ir segunda vez en busca de su flecha; y cediendo á los impulsos de su corazón le contestó de esta manera:

—Señora, si en toda mi vida no tuviese otra dicha que la de ser vuestro esclavo, y admirador de vuestras gracias, me consideraría el más feliz de los mortales. Perdonad mi osadía, y no creáis

que soy indigno de ser admitidō en vuestra corte.

—Príncipe—replicó la hada—como hace tiempo que soy dueña de mis acciones, sin oposición de mis parientes, trato de admitiros en mi corte, no como esclavo, sino como dueño de cuanto me pertenece y puede pertenecer, dándome vuestra palabra de admitirme por vuestra esposa.

El Príncipe no contestó lo más mínimo á este discurso, y penetrado de gratitud, se imaginó no podía manifestársela de mejor modo que inclinándose para besarla la punta del vestido; mas ella se lo impidió alargándole la mano, que apretó entre las suyas.

—Al presente—continuó—en tanto que se prepara el festín de nuestra boda para la noche, como debo inferir que no habréis tomado nada hoy, van á traeros para que comáis alguna friolera, y en seguida os enseñaré todas las piezas de mi palacio.

Algunas de las criadas que estaban presentes, al conocer sus intenciones, se salieron volviendo de allí á un momento con algunos platos y excelente vino.

Cuando el príncipe Ahmed hubo comido y bebido todo lo que quiso, la hada Pari Banu lo llevó pieza por pieza, donde vió el diamante, el rubí, la esmeralda, y toda suerte de piedras finas, mezcladas con las perlas, la ágata, el jaspe, el pórfido, y toda clase de mármoles los más preciosos, sin



....otra dicha de la de ser vuestro esclavo....

hablar de los muebles, que eran de inestimable valor, todo ello empleado con una profusión tan admirable, que lejos de haber visto nada que se le acercase, confesó no podía haber en el mundo cosa semejante.

La sala en que estaba puesta la mesa, era la última del palacio; admiró el Príncipe un aparador en que estaba la vajilla de oro, más preciosa por su hechura que por la materia; algunos coros de mujeres, todas ellas en extremo hermosas y ricamente vestidas, comenzaron un concierto de voces é instrumentos el más armonioso que había oído en su vida. Sentáronse á la mesa, y como Parí Banu se esmeró en servir al príncipe de los manjares más delicados, que ella le nombraba, invitándole á que los probase, y los encontraba exquisitos á pesar de serle desconocidos, los alababa, exclamando que la mesa superaba á todas las que se servían entre los hombres. Igualmente hizo mil elogios acerca de la excelencia del vino que les sirvieron, y comenzaron á beber á los postres.

Por último, se levantaron de la mesa, que quitaron en el momento, y se fueron á sentar en un sofá con comodidad, recostados en almohadones de seda, bordados con flores de diferentes colores, obra de aguja hecha con el mayor primor. Al punto entraron en la sala gran número de genios y hadas, y comenzaron un baile de los más

extraordinarios, que continuó hasta que ellos se levantaron.

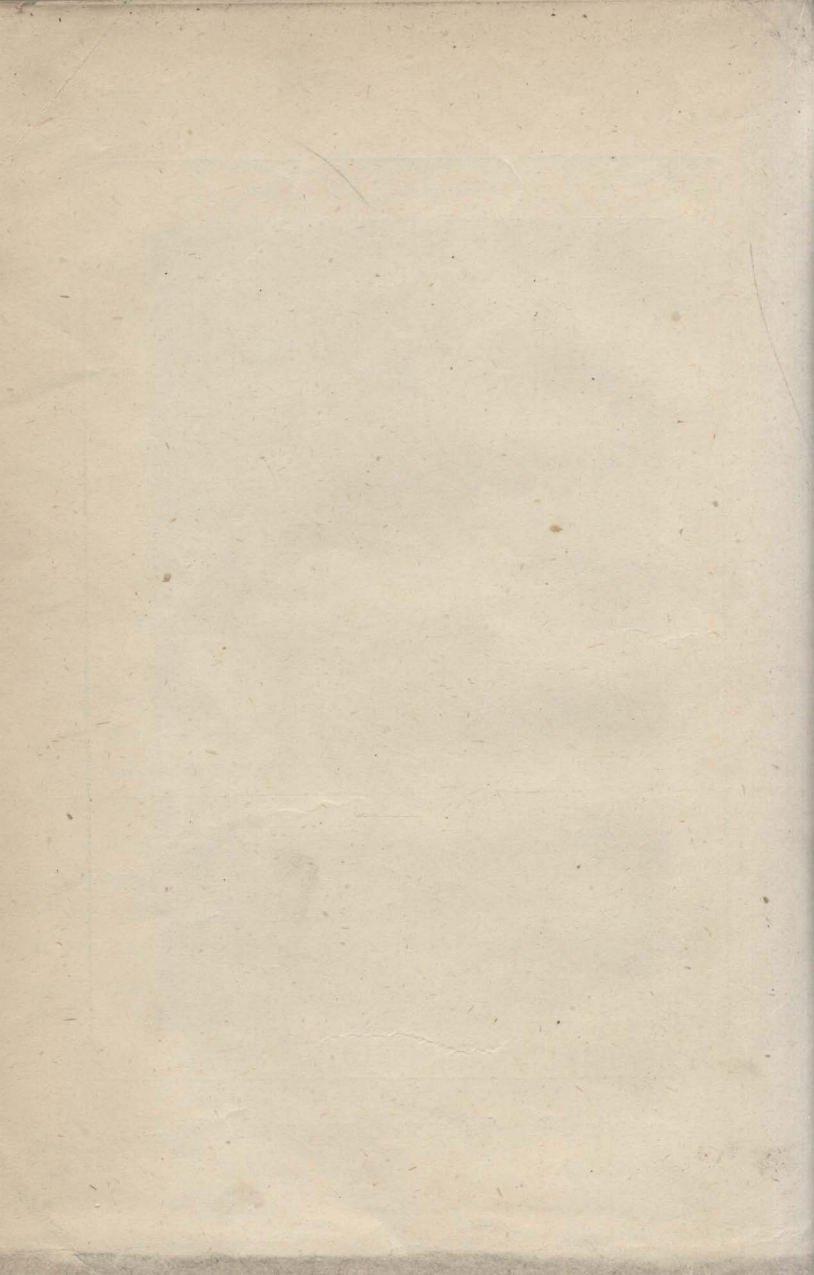
Casáronse el Príncipe y la hada; los días siguientes á la celebración de su boda fué una fiesta continua, celebrando conciertos, danzas, espectáculos y diversiones tan extraordinarias, que el príncipe Ahmed no hubiera podido figurárselas en toda su vida entre los hombres, aunque hubiese vivido mil años.



El Sultán en medio de los regocijos públicos celebrados con motivo de la boda del príncipe Alí, había sentido en el alma la ausencia de sus otros hijos. No pasó mucho tiempo sin que le informasen del partido que Hussain había tomado de abandonar el mundo, y el sitio que había elegido para su retiro. Como padre, hubiera preferido tenerlo á su lado; sin embargo, como no podía desaprobare el estado de perfección que había tomado, se resignó con su ausencia. En cuanto á Ahmed hizo las más activas diligencias por adquirir algunas noticias, despachó correos á todas las provincias con orden á los gobernadores de que lo arrestasen y obligasen á volverse á la corte; pero por más que se afaná en buscarle, no llegó á conseguir lo que deseaba, y sus penas, en vez de disminuirse, cada día



.....servir al Príncipe los manjares más delicados.....



iban en aumento, y frecuentemente se explicaba con su gran Visir en estos términos.

—Visir, no ignoras que Ahmed es el hijo á quien he preferido siempre entre todos en mi cariño, y te son conocidos los medios de que me he valido para encontrarlo. Mi sentimiento es tan vivo, que al fin sucumbiré á él.

El gran Visir, tan adicto á la persona del Sultán, como celoso en el desempeño de sus obligaciones, pensando en los medios de proporcionar algún alivio, se acordó de una maga de quien se contaban mil maravillas, y le propuso la hiciese llamar y la consultara. El Sultán accedió á su propuesta, y el gran Visir, después de haberla enviado á buscar, se la presentó él mismo.

El Sultán así que la vió le dijo:

—¿No podrías, valiéndote de tu arte y habilidad, decirme qué ha sido del príncipe Ahmed, y si vive todavía, dónde está, qué hace, y si debo prometerme el volverlo á ver?

La mágica para satisfacer á la pregunta del Sultán, le contestó así:

—Señor, á pesar de mi habilidad en mi profesión, no puedo en el acto satisfacer á la pregunta que vuestra Majestad acaba de hacerme, pero si vuestra Majestad tiene á bien darme de término hasta mañana, yo le contestaré.

El Sultán concedióle este plazo, y la despachó

prometiéndole la recompensaría bien si la respuesta se conformaba con sus deseos.

Al siguiente día se presentó, é introduciéndola el gran Visir al Sultán por la segunda vez, y le dijo lo siguiente:

—Señor, á pesar de cuantas diligencias he practicado, sirviéndome de mi arte para obedecer á vuestra Majestad acerca de lo que desea saber, no he podido averiguar otra cosa, sino que el Príncipe no ha muerto; en esto no hay duda, y se puede asegurar; y en cuanto al sitio donde se halla, no lo he podido descubrir.

El Sultán se vió obligado á contentarse con esta respuesta, que le dejó poco más ó menos en la misma incertidumbre acerca de la suerte de su hijo.

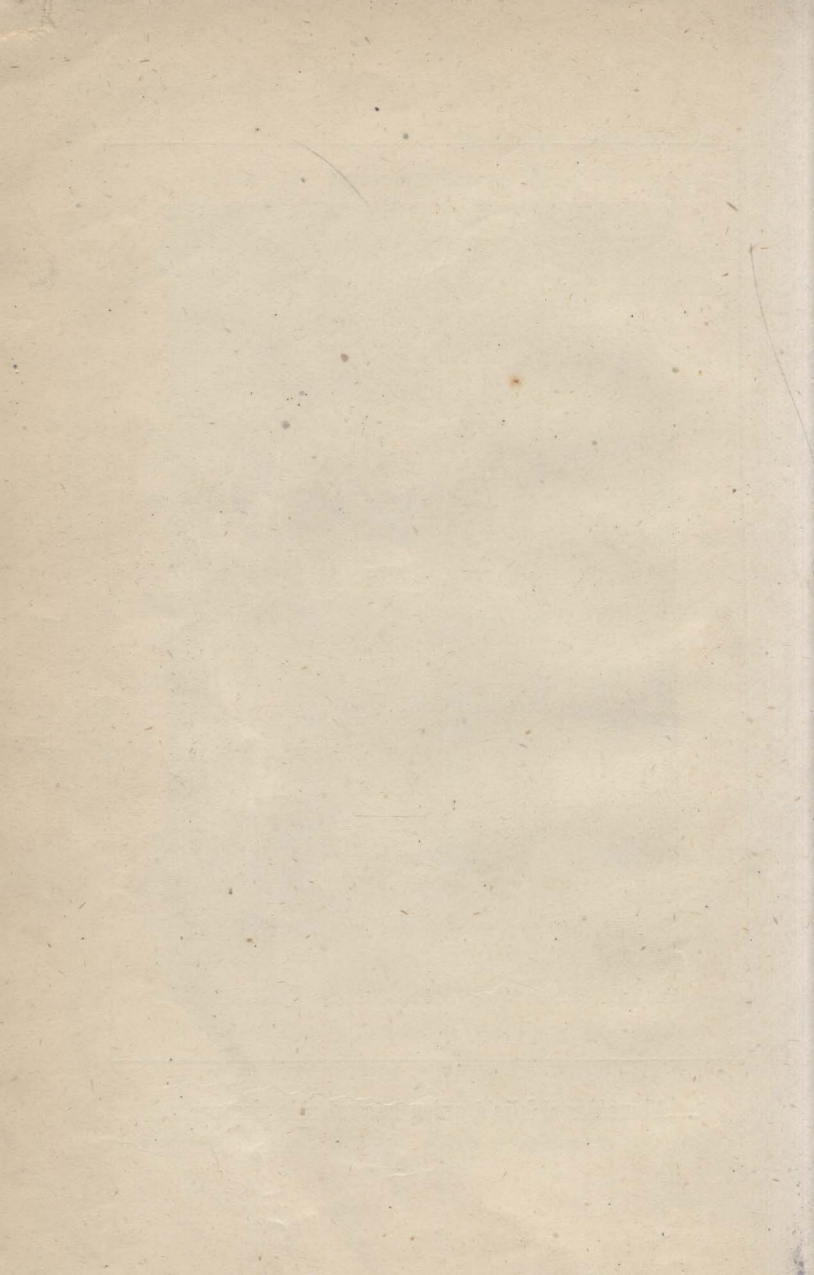


La hada Pari Banu decidióse al cabo á conceder al príncipe Ahmed el permiso que solicitaba.

—Príncipe—le dijo un día—el permiso que me pediste para ver á tu padre me hizo sospechar fuese un pretexto para abandonarme: al presente, convencida por tus acciones y palabras, he mudado de idea y te concedo este permiso, con una condición, y es, que me has de jurar ántes que tu ausencia no será muy larga. Esta condición no debe



.....Ahmed es el hijo á quien he preferido siempre.....



causarte sentimiento, figurándote que la motiva mi desconfianza.

El Príncipe trató de arrojarle á sus plantas para manifestarle su reconocimiento, y le dijo:

—Conozco todo el mérito del favor que me haces; tienes razón en creer que el juramento que exiges de mí no me causa sentimiento; te le hago con tanto mayor gusto, cuanto es imposible pueda vivir sin ti. Voy á partir, y mi pronto regreso te dará á conocer que no lo motiva el temor de hacerme perjuro si faltaba, sino el deseo de vivir eternamente en tu compañía.

—Príncipe, le dijo ella, parte cuando quieras; pero antes no llevarás á mal que te haga una advertencia. No creo necesario que hables al Rey tu padre acerca de nuestro casamiento, ni de mi calidad, y mucho menos del sitio en que te has establecido y permanecido desde que te separastes. Díle que se contente con saber que eres dichoso, y estás contento con tu suerte.

Le dió veinte caballeros bien armados y equipados para que lo acompañasen, y cuando todo estuvo dispuesto, el príncipe Ahmed se despidió de ella.

Le presentaron el caballo, que había mandado tener listo, el que además de estar ricamente enjaezado, era también más hermoso y de mayor estimación que cuantos había en las caballerizas

del Sultán de las Indias. Lo montó y partió como un relámpago.

Como el camino que conducía á la capital de las Indias no era muy largo, el príncipe Ahmed, echó poco tiempo en llegar á ella. Así que entró, el pueblo, contento de verlo, lo recibió con mil vivas; y la mayor parte agolpándose alrededor de su caballo, lo siguió con mil gritos hasta el mismo cuarto del Sultán. Este lo recibió con grande contento tendiéndole los brazos; sin embargo, le dió quejas con cierta ternura paternal por su larga ausencia.

—Esta ausencia, añadió, ha sido tanto más dolorosa, cuanto después que la suerte en perjuicio tuyo se declaró en favor de tu hermano Alí, tenía motivos para temer que atentases contra tu vida por un acto de desesperación.

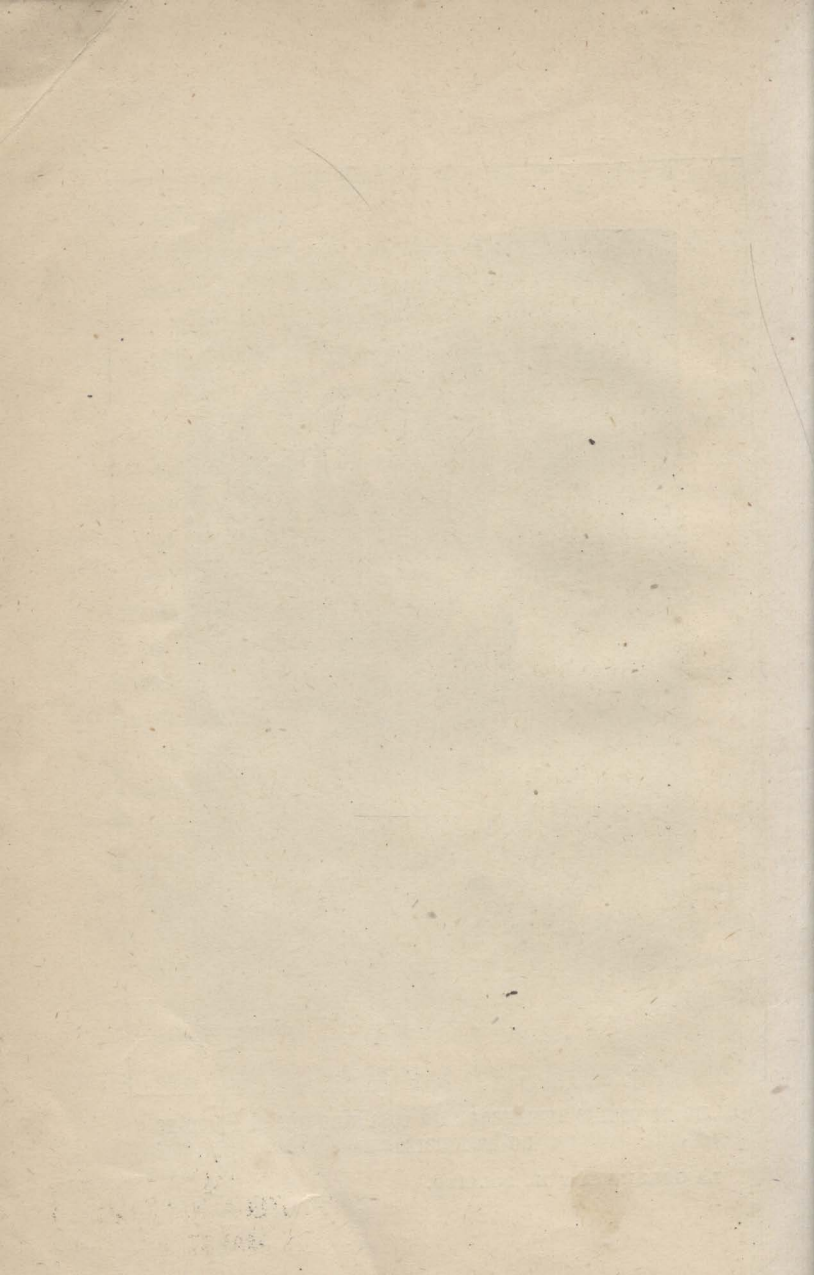
—Señor, replicó el príncipe Ahmed, dejo á la consideración de V. M. si después del casamiento de la princesa Nurunnihar, podía resolverme á ser testigo de la dicha del príncipe Alí.

¿Qué hubieran pensado de mi amor, en la corte, en la ciudad, y aun V. M. mismo? No ignora vuestra Majestad que al disparar mi flecha ocurrió una cosa tan extraordinaria, que jamás ha pasado á nadie: no fué posible encontrarla, á pesar de ser en una llanura tan igual y desembarazada como la de los ejercicios de los caballos, lo que me hizo perder un bien cuya posesión merecía mi amor



.....no he podido averiguar otra cosa sino que el Príncipe
no ha muerto.....

LA GALLINITA Y EL POLLITO.



tanto como mis hermanos. Vencido por el capricho de la suerte, no gasté el tiempo en quejas inútiles.

Busqué por todas partes la flecha, pero todos mis afanes fueron inútiles; sin embargo, no me desanimé y continué marchando en línea recta hacia el paraje en que creía debía haber caído. Ya había andado más de una legua, siempre buscándola por todos lados, cuando reflexioné era imposible que hubiese podido ir tan lejos: me detuve preguntándome si había perdido la razón, al continuar buscando tan lejos. Hice esta reflexión, y estuve tentado por abandonar mi empresa; pero al ejecutarla, me sentí arrastrado á pesar mío por un impulso secreto; y después de haber andado cuatro leguas hasta el sitio en que termina la llanura, al pie de unas rocas percibí una flecha; la cojo, y reconozco que era la misma que había yo disparado, y no había encontrado. Así, lejos de pensar que vuestra Majestad había hecho una injusticia decidiendo en favor de Alí, interpreté de diferente modo mi aventura, no dudando que en aquélla había algún misterio que me favorecía, y en cuya averiguación no debía omitir la menor diligencia, conseguilo sin apartarme de aquel sitio; pero es un misterio sobre el que suplico á V. M. no lleve á mal que guarde silencio, contentándose con saber de mi boca, que soy feliz y estoy contento con mi dicha. En medio de mi felicidad, como la única

cosa que podía turbarla era la inquietud en que estaría V. M. acerca de mi suerte desde que había desaparecido y apartado de su corte, he creído de mi deber venir á sacarle de ese cuidado, y no he querido faltar á él. Este es el solo motivo que me ha traído, y la única gracia que pido á V. M. es que me permita venir de cuando en cuando á saber de su salud.

—Hijo mío, contestó el Sultán de las Indias, no puedo negarte la gracia que me pides, sin embargo, mucho me alegraría de que hubieses podido resolverte á estar á mi lado; al menos díme donde podré saber de tí en el caso de que tú dejases de venir, ó me fuese necesaria tu presencia.

—Señor, replicó el príncipe Ahmed, lo que me pide V. M. hace parte del misterio de que le he hablado, y así le suplico no lleve á mal que guarde también reserva sobre este punto: vendré tan á menudo á ver á V. M., que temo nó me haga importuno más bien que darle lugar á que me acuse de negligencia cuando necesite de mi persona.

El Sultán de las Indias preguntó más al Príncipe sobre este punto, y le dijo:

—Hijo mío, no trato de penetrar en tu secreto, no puedes hacer una cosa más de mi agrado, que el venir á comunicarme con tu presencia la alegría de que serás muy bien recibido.

El Príncipe permaneció tres días en la corte de su padre, y al cuarto partió muy de mañana; la



....lo recibió con grande contento tendiéndole los brazos....

hada Pari Banu lo recibió con tanto mayor placer cuanto no lo esperaba tan pronto.

Al mes de este primer viaje el hada dijo al Príncipe.

—¿Te has olvidado de tu padre? ¿No tienes presente la promesa que has hecho de irle á ver de cuando en cuando? Por mi parte no me he olvidado de cuanto me has contado á tu vuelta y te recuerdo el cumplimiento de tu palabra. Supuesto que hace un mes que no has visto á tu padre, me parece que no debes retardar las visitas que tienes la obligación de hacerle, así, pues, desde mañana puedes comenzar á hacerlas, y continuar de mes en mes yendo á verlo, sin necesidad de que me hables sobre este particular, ni esperar que yo te lo diga, satisfecho de que consiento en ello con mucho gusto.

El príncipe Ahmed partió al siguiente día con la misma comitiva, pero más lucida; y él mismo montado, equipado y vestido con mayor magnificencia que la anterior; siendo recibido por el Sultán con el mismo contento y satisfacción. Las visitas continuaron en lo sucesivo con regularidad todos los meses; algunos visires favoritos del Sultán, que formaron juicio de la grandeza y poder del Príncipe por las muestras que había presentado, abusaron de la confianza que les daba, para hablarle é inspirarle desconfianza. Le hicieron

concebir la idea de que sería muy prudente, supiese dónde residía el Príncipe su hijo, ó de dónde adquiriría con qué hacer tales gastos, cuando precisamente no tenía señalada ninguna pensión ni renta fija, y parecía presentarse sólo en la corte para insultarlo, haciendo alarde de que no necesitaba de sus liberalidades para vivir como tal Príncipe, y últimamente, que era de temer que intentase destronarlo.

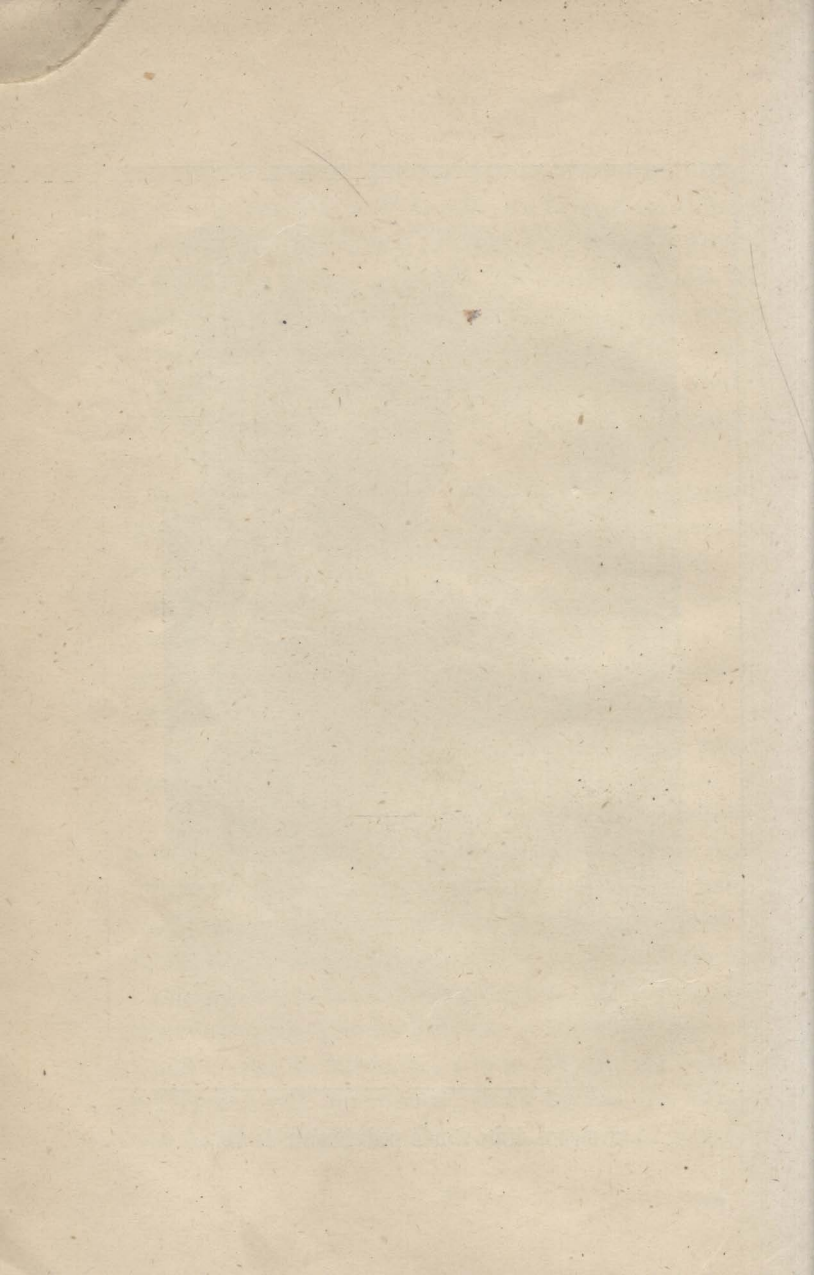
El de las Indias, que estaba muy distante á figurarse que el príncipe Ahmed fuese capaz de formar un designio tan criminal, les contestó:

—Os chanceais: mi hijo me ama, y estoy tanto más seguro de su ternura y fidelidad, cuánto no me acuerdo haberle dado el menor motivo de disgusto.

—Señor, le replicó uno de sus favoritos—aunque V. M. con su profundo discernimiento no ha podido tomar mejor partido que el que adoptó para conservar la buena armonía entre los tres Príncipes, con motivo del matrimonio de la princesa Nurunnihar, sin embargo: ¿quién sabe si el príncipe Ahmed se ha sometido á la decisión de la suerte con la misma resignación que el príncipe Hussain? ¿No puede haberse imaginado que era el único que la merecía, y que V. M., en vez de preferirle á sus hermanos, le ha hecho una injusticia remitiendo la cosa á la decisión de la suerte?



....al menos dime dónde podré saber de tí....



—Vuestra majestad podrá decir— añadió el favorito—que el Príncipe no dá la menor señal de descontento, y que nuestros temores son vanos, que nos alarmamos con mucha facilidad, y cometemos una injuria en sugerirle contra un Príncipe de su sangre, sospechas de ésta naturaleza, sin el menor fundamento; pero, señor, ¿y si éstas sospechas fuesen fundadas? Considere vuestra Majestad que todo disimulo por parte del Príncipe puede serle perjudicial, y que el peligro es tanto más de temer, cuanto no parece que vive muy distante de la capital.

Cuando el favorito hubo concluido este razonamiento, el Sultán levantando la sesión, dijo:

—Sea lo que quiera, no creo á mi hijo tan malvado como me lo quereis pintar; sin embargo, os quedo obligado por el consejo, y no dudo me lo dáis con buena intención.

El Rey de las Indias, en quien habían hecho mella los consejos de sus favorecidos, resolvió hacer observar los pasos del Príncipe: A este fin mandó llamar á la maga, y habiéndola introducido por una puerta secreta, la dijo:

—No me has mentido cuando me dijiste que mi hijo el príncipe Ahmed vivía, y te debo este favor: ahora quiero que me hagas otro. Desde que lo he encontrado y viene á mi corte todos los meses, no he podido conseguir me diga el sitio donde resi-

de, y te creo con bastante habilidad para que satisfagas mi deseo, sin que él ni nadie de mi corte llegue á percibirlo. Bien sabes que al presente está aquí; y como acostumbra á marcharse sin despedirse de mí, no pierdas tiempo, y síguelo de modo que averigües adonde se retira, trayéndome en seguida la respuesta.

Al salir del palacio del Sultán, como la maga no ignoraba el sitio donde había encontrado el príncipe Ahmed su dicha, sin detenerse marchó á él, y se ocultó entre unas peñas de manera que nadie pudiese divisarla.

Al siguiente día al amanecer partió el príncipe Ahmed sin haberse despedido de nadie, según lo tenía de costumbre. La maga lo vió llegar, y lo siguió con la vista hasta que desapareció con su comitiva.

Como las rocas estaban tan escarpadas que formaban una barrera insuperable á los mortales ya fuese á pie, ó ya á caballo, la maga se figuró que el Príncipe se retiraba á alguna caverna, ó sitio habitado por genios y hadas. Y cuando conceptuó que el Príncipe habría desaparecido entrándose en la caverna ó el subterráneo, salió de su escondrijo y se fué en derechura al derrumbadero por donde los había visto meterse; entró en él, y caminando adelante hasta un paraje en que se terminaba en muchas vueltas y revueltas, miró á todos lados,



.....y se ocultó entre unas peñas.....

yendo y viniendo hacia atrás para examinar aquel sitio. A pesar de sus diligencias no divisó la menor abertura de caverna, ni menos la puerta de hierro, en razón á que ésta puerta estaba aparente tan sólo para aquellos cuya presencia podía ser agradable á Pari Banu.

La maga al ver que el trabajo que se tomaba era inútil, volvió á dar cuenta al Sultán de todo, y cuando concluyó la relación de su viaje, añadió:

—Señor, como V. M. puede comprender, después de lo que he tenido el honor de decirle, no me será difícil dar á V. M. toda la explicación que puede desear respecto á la conducta del príncipe Ahmed. No me adelantaré á decir ahora lo que pienso; prefiero hacerlo patente á V. M. de modo que no pueda dudarlo. Para conseguirlo, no pido más que tiempo y paciencia, con la libertad de dejarme obrar, sin informarse de los medios de que pienso valerme.

El Sultán consintió muy gustoso, y le dijo:

—Obra como quieras, que yo esperaré tranquilo el resultado de tus trabajos.

Y á fin de estimularla, le regaló un diamante de mucho valor, diciéndole que aquello era pobre muestra de la recompensa que pensaba darle cuando hubiera ultimado su cometido.

Como el príncipe Ahmed desde que había obtenido el permiso de la hada Pari Banu para ir á

hacer la corte al Sultán su padre, no había dejado de acudir exactamente todos los meses, la maga, que lo sabía, esperó que concluyese aquel mes. Un día ó dos antes, procuró encaminarse al sitio en que había perdido de vista al Príncipe y su comitiva.

Al siguiente día, salió el Príncipe Ahmed, según costumbre, por la puerta de hierro, con la misma comitiva que lo solía acompañar siempre, y llegó cerca de la maga á quien no conocía por lo que era. Al advertir que estaba tendida en el suelo con la cabeza apoyada en una piedra, y que se quejaba como una persona que sufre mucho, movido á compasión se desvió del camino, y acercándose á ella le preguntó qué tenía y en qué podía aliviarla.

La hipócrita hechicera, sin levantar la cabeza y mirando al Príncipe de un modo capaz de inspirar compasión, le contestó á medias palabras y fingiendo mucha dificultad en respirar, que había salido de su casa para ir á la ciudad, que en el camino le había atacado una fiebre violenta, y que, habiéndole faltado las fuerzas se había visto precisada á detener su marcha.

El Príncipe tuvo compasión de la maga, y tomándola á la grupa del caballo la llevó al palacio del hada, su esposa, en donde la cuidaron cariñosamente, y para curarla la dieron á beber una taza del agua de la fuente de los Leones. Tuviéronla



.....estaba tendida en el suelo con la cabeza apoyada
en una piedra.....

allí dos días, y al cabo de ellos la despidieron. Cuando volvió el Príncipe, Pari Banu le dijo que aquella bruja era una mentirosa; que era una espía enviada por el padre para ponerles á prueba.

Volvió la maga al palacio del Rey de la India, y le ponderó las riquezas de que disfrutaba su hijo, infundiéndole al mismo tiempo recelos de que el mejor día pudiera atentar contra su poder.

—¿Y qué haré yo para evitar los males que me anuncias? preguntó el Rey.

—Cuando vuelva— señor, dijo la maga, podéis pedirle una tienda de campaña que se pueda esconder entre las manos, y en la que, sin embargo, quepa todo el ejército de V. M. Con esto lograréis que no vuelva á importunarnos con sus visitas, y se aise del trato de los hombres.

Al mes siguiente, el padre hizo la petición y el Príncipe volvió triste al palacio de Pari Banu, á la que refirió la extraña pretensión de su padre.

Lejos de inquietarse por esto el hada, se sonrió, y le dijo á Ahmed que aquello no valía la pena, y llamando á su tesorera le ordenó que sacase la tienda de campaña más grande y que cupiese en el más pequeño lugar.

Trajo aquélla una que estaba encerrada en un huevo de paloma y la cual, extendida, podía cubrir una extensión de cinco kilómetros; pero cuyo principal mérito consistía en que se adaptaba á

las necesidades del ejército, siendo más ó menos grande, según hiciera falta.

—Lleva inmediatamente este encargo á tu padre y veamos lo que se le ocurre pedir cuando se lo presentes.

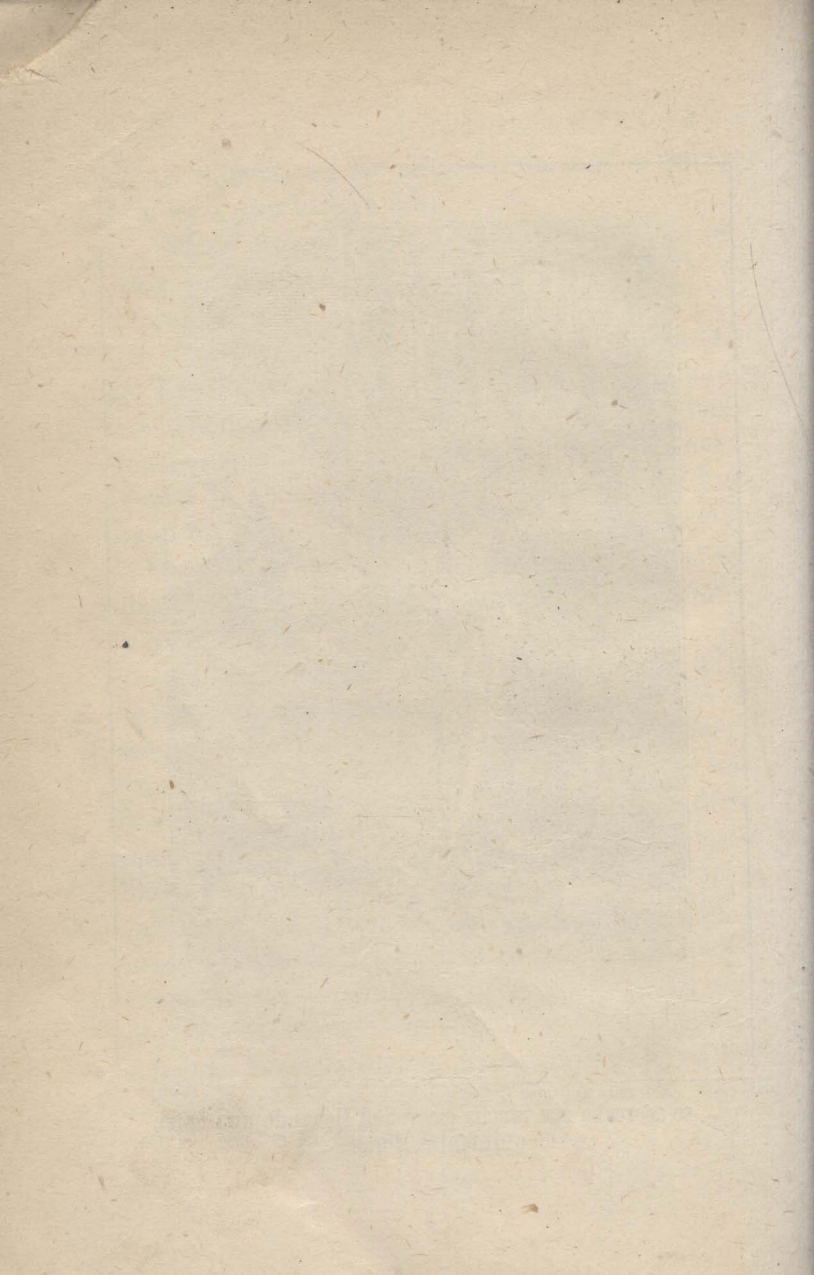
Fué el Príncipe á palacio y, con gran sorpresa del Rey, le presentó la tienda que pedía. En tanto que armaban la tienda en una explanada que tenía una legua, el padre consultó de nuevo con la maga la cual le aconsejó que pidiera al esposo de Pari Banu un jarro de agua de la fuente de los Leones.

Hizo el padre esta pretensión, y volvió éste muy disgustado al palacio del Hada, haciéndole presente el deseo de su padre.

—En lo que te pide no deja de haber un poco de mala intención —dijo Pari Banu —pues la fuente de los Leones está en medio del patio de un gran castillo, y la defienden cuatro leones furiosos, dos de los cuales velan mientras los otros duermen; pero yo te diré cómo has de lograr tu deseo. Toma este ovillo de hilo, sal mañana temprano á caballo y tira delante de tí el ovillo; éste rodará hasta que llegue al palacio en que está la fuente. Cuando veas á los leones, no te asusten sus rugidos, tira á cada uno un cuarto de carnero y entra á galope hasta la fuente, llena el jarro de agua y sal corriendo, pues los leones, entretenidos con la carne, no se meterán contigo.



....se acercaba con mucha gravedad llevando una barra
de quinientas libras.....



El Príncipe siguió puntualmente las indicaciones de su esposa, y todo sucedió como ésta lo había predicho.

Fué á ver á su padre, á quien entregó la jarra de agua milagrosa, y entonces el anciano aconsejado por la hechicera, á la que apoyaban los Ministros y cortesanos, le pidió un último favor, y fué que le llevase un hombre de media vara de alto, con barba verde de diez metros de larga y que llevase al hombro una barra de hierro que pesara veinte arrobas.

—No te apures—dijo el hada al conocer esta pretensión—precisamente un hermano mío tiene esas señas, y ahora vas á verle.

Se acercó entonces la hada á un braserillo de plata lleno de fuego, y sacó una cajita de oro de la que tomó ciertos perfumes, echándolos en el braserillo, del que comenzó á salir un humo denso.

Pocos momentos después dijo al Príncipe:

—Amado Príncipe, ahí tienes á mi hermano que ya viene. ¿No le ves?

El Príncipe miró, y distinguió á Barba Verde con su estatura de pie y medio, que se acercaba con mucha gravedad llevando una barra de quinientas libras sobre el hombro, y la barba muy poblada, verde y de diez metros de larga, que le caía hacia adelante, el bigote espeso á proporción y retorcido hasta las orejas, cubriéndole casi la cara: sus ojos, parecidos á los de un cerdo, estaban

hundidos en su enorme cabeza, que cubría con un gorro puntiagudo; y además tenía dos jorobas, una en la espalda y otra en el pecho.

Si el Príncipe no hubiese estado advertido de que Barba Verde era hermano de Pari Banu, no hubiese podido verlo sin el mayor espanto; pero lo esperó á pie firme con la hada, recibéndolo sin dar la menor señal de timidez.

Barba Verde, que á medida que se iba acercando dirigía al Príncipe tales miradas, que hubieran podido helarle el alma en el cuerpo, preguntó á su hermana así que llegó, quién era aquel hombre.

—Hermano mío, le contestó ella, es mi esposo, y es hijo del Rey de las Indias. La razón que me ha obligado á no convidarte á mi boda, ha sido la de no querer distraerte de la expedición que estabas realizando, de la que he sabido con mucha satisfacción que has salido victorioso; y sólo para que prestes un servicio á mi marido me he tomado la libertad de llamarte.

Al oír esto, Barba Verde miró al Príncipe con aspecto alegre, pero que en nada disminuía su ferocidad, y contestó:

—Hermana mía, ¿hay alguna cosa en que pueda servirle? No tiene más que hablar; basta que sea tu esposo para obligarme á complacerle en todo.

—El Rey, su padre—replicó Pari Banu—tiene



.....manejando la barra con una agilidad pasmosa.....

curiosidad por conocerte: te ruego, pues, que vayas en compañía de mi esposo.

—Así lo haré con el mayor gusto—dijo Barba Verde.

Al siguiente día partieron, en efecto, y apenas llegaron á la capital, empezaron algunas gentes á burlarse de aquel extraño enano; pero las bromas se tornaron en llanto y en terror en cuanto Barba Verde hubo machacado con su barra de hierro algunos centenares de costillas.

De este modo, y abriéndoles paso todo el mundo, llegaron al palacio real sin que los porteros pensarán en detenerle. Barba Verde preguntó al Rey en qué podía servirle, y éste experimentó tal terror, que apenas se atrevía á despegar los labios. Entonces Barba Verde le dijo:

—Buen anciano, te encuentro ya demasiado achacoso para Rey y me darás una verdadera satisfacción si te preocupas algo más de tu salud y dimites la corona. A tu edad no convienen ya las emociones fuertes, hay que comer y acostarse á sus horas y cuidarse mucho. Aquí tienes á tu hijo Ahmed, que es un mocetón como un templo y podrá resistir admirablemente esos afanes que á tí, digas lo que quieras, no te pueden probar ya bien.

Antes de que el Monarca pudiera contestar lo hicieron en son de protesta la vieja maga, los Ministros y varios cortesanos. Entonces Barba

Verde, manejando la barra de hierro con una agilidad pasmosa, cascó las cabezas de aquellas gentes como si fuesen avellanas. El anciano Rey se apresuró á complacer al irascible hermano del hada, y declaró que deseaba abandonar el trono y dejárselo á Ahmed. Aquel mismo día, en efecto, hizo la renuncia en presencia del pueblo y de los principales dignatarios, y Ahmed y el hada su esposa, fueron proclamados Reyes de las Indias, en medio del mayor entusiasmo.

El padre del nuevo Rey, comprendiendo que no se había portado bien con su hijo al dar oídos á la difunta hechicera, miró como un castigo providencial lo ocurrido, y se resignó á vivir alejado de los negocios públicos. En cuanto á los príncipes Hussain y Alí, obtuvieron para toda su vida importantes gobiernos. El príncipe Ahmed reinó larguísimo años en compañía del hada, y su reinado fué de los más prósperos y tranquilos que recuerdan los anales de la Historia.



LOS DOS HERMANITOS

Joaquinito, viéndose á solas con su hermanita Rosa, la dijo un día:

—Ya ves, hermanita mía, que desde que murió nuestra cariñosa madre no hemos tenido un momento bueno; nuestra madrastra nos maltrata á todas horas, y si nos acercamos á ella cariñosamente, nos rechaza á puntapiés. El pan que nos da es el sobrante que dejan ella y nuestro padre, pero que nos le administra cuando ya está duro como un hueso. Más dichoso que nosotros es el perro, porque á menudo se le dan buenas tajadas de carne, mientras que nosotros tenemos que contentarnos con ver cómo se las come. ¡Si esto lo viera nuestra buena madre!..... Mira, hermanita

mía, ¿quieres que nos vayamos juntos á correr el mundo?

—Sí; por mal que nos vaya, no podrá ser peor que aquí. Dios nos protegerá.

Se marcharon.

Caminaron todo el día á la ventura, atravesando llanuras, praderas y ríos, y cuando llovía, decía Rosita á su hermano:

—¿ Ves, hermanito? Estas son las lágrimas que la Virgen vierte con nosotros, llorando por nuestras penas.

Les alcanzó la noche y se internaron en un bosque muy espeso. El cansancio del camino y el hambre les hizo acurrucarse en el hueco de un árbol corpulento y secular, donde á poco quedáronse dormidos.

Cuando á la mañana siguiente despertaron, el sol estaba ya muy alto, y con sus rayos calentaba el árbol que les había prestado abrigo.

Apenas despierto Joaquinito, dijo:

—Tengo sed, hermanita mía; si supiera dónde hallar un manantial, iría á apagar mi sed. Creo percibir rumor de agua.

Joaquinito se levantó, cogió á Rosita de la mano para buscar la fuente, y los dos echaron á andar en dirección del ruido que percibían.

¡ Pobres niños! La infame de su madrastra era una bruja perversa, y había visto la fuga de los



....De un corpulento árbol secular, donde
á poco quedáronse dormidos.

dos hermanitos, y seguido sus pasos á hurtadillas, como hacen las de su calaña, y había encantado todos los manantiales del bosque. A poco trecho encontraron uno que, murmurando dulcemente, por entre blanquísimas y redondeadas pedrezuelas corría.

Joaquinito quiso beber, pero su hermanita, que entendía el lenguaje de los arroyuelos, oyó que el que delante tenían decía:

—El que bebe de mis linfas se vuelve pantera.

Y dijo á su hermano:

—¡No, no! Joaquinito, no bebas aquí, porque te convertirás en cruel pantera, y me devorarás á mí que te quiero tanto.

Y Joaquinito no bebió, aunque la sed le dominaba, y dijo:

—Bueno; esperaré hasta lograr otra fuente.

Cuando á la segunda encontraron, la oyó decir Rosita:

—El que mis aguas bebe, lobo se vuelve.

Y Rosita dijo á Joaquín:

—¡Ay, por Dios! no bebas en ésta, hermanito, porque te convertirás en lobo y me devorarás.

Y Joaquinito se abstuvo de beber, diciendo:

—Lo haré cuando encontremos otro manantial; pero entonces, hermanita mía, te aseguro que beberé hasta saciar mis ansias, aunque me digas lo que quieras, porque la sed me ahoga.



....No bebas en esta, hermanito.

LA GALLINITA Y EL POLLITO.

Cuando dieron con el tercer manantial, Rosita le oyó decir estas palabras:

—Quien mi agua bebe, ciervo se vuelve.

Y Rosita dijo:

—Por la Virgen santa, hermano mío, no bebas en esta fuente, porque te transformarás en ciervo y huirás de mí, dejándome abandonada.

Pero Joaquinito habíase ya arrodillado al borde del manantial, y bebía con ansiedad; de modo que se convirtió en ciervo.

Rosita, derramando lágrimas al ver á su hermano encantado, prorrumpió en amargos sollozos, y de los hermosos é inteligentes ojos del pobre ciervo manaban copiosas lágrimas de enternecimiento.

Rosita le dijo por último:

—No llores, querido mío; nunca me separaré de ti.

Y de un cinturón de oro que de su amada madre conservaba sin que lo supiese su malvada madrastra, hizo un hermoso collar al bello cuanto ligero ciervo, y arrancando algunos juncos, tegió una soguilla, con la que ató al inofensivo animal, y se le llevó al interior del bosque, donde, después de larga caminata, llegaron á una casita, donde entró Rosita, que viendo que estaba deshabitada, dijo para sí:

—Aquí podemos vivir hasta que Dios quiera.



...Cogía hierbas secas para alimentar
al ciervo.

Y buscando cantidad de hojarasca seca y blanda para que el ciervo pudiera descansar en su recinto, se instaló en su nueva vivienda.

Desde entonces vivieron allí felices, sin que la niña echara nada de menos, fuera del cambio de forma de su hermano. Todas las mañanas cogía hierbas frescas para alimentar al ciervo.

Transcurrió así algún tiempo. Un día el Rey salió á cazar, y fué con lucida comitiva al monte, que resonaba con las tocatas de los clarines, los ladridos de la jauría y las alegres voces de los cazadores del Real séquito.

Oyendo el rumor y vocerío, el ciervo deseaba encontrarse allí.

—Por favor, Rosita, déjame que vaya á la cacería, porque no puedo contener mi deseo de concurrir á ella.

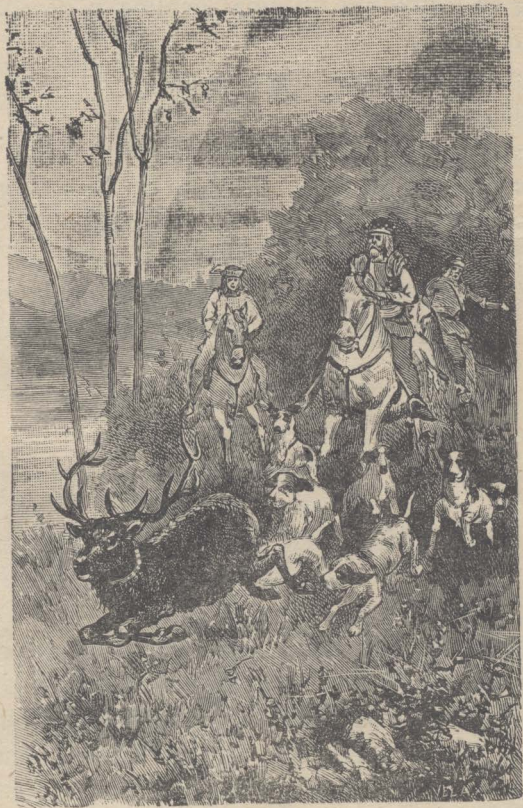
Y con tal vehemencia insistió, que ella no pudo contrariarle.

—Pero mira —dijo ella—yo cerraré la puerta, no quiero que entren en casa los cazadores; ven á la noche, y para que yo te conozca, di:

«Hermanita mía, déjame entrar»; y si no dices esto, no te dejaré entrar.

El ciervo se lanzó alegre fuera de la vivienda, dichoso de disfrutar el aire, y libre en libertad.

El monarca y sus acompañantes vieron al hermoso ciervo, y le persiguieron sin poderle dar al-



.....Y le persiguieron sin poderle dar alcance.

cance, pues cuando creían tenerle ya acorralado, daba un salto por encima de ellos y desaparecía como un rayo.

Cuando la noche llegó, corrió á su casa, y llamando, dijo:

—Hermanita mía, déjame entrar.

Se abrió la puerta y entró de un brinco, y toda la noche descansó en su mullida cama.

Volvió á comenzar á la mañana siguiente la carcería, y cuando el ciervo percibió de nuevo el clamor de las trompas y la algazara de los cazadores, ya no se pudo contener, y dijo:

—Hermanita mía, déjame salir.

Rosita abrió la puerta, y le dijo:

—No dejes de decirme á la noche, cuando vengas, las palabras convenidas, ¿oyes?

Cuando el Rey y sus acompañantes volvieron á ver al ciervo del collar de oro, todos emprendieron su persecución; ¡pero corría mucho!

El afán de dar con él duró todo el día; pero al obscurecer le rodearon por fin los cazadores, porque uno de ellos le había herido en una pata, haciéndole cojear; no obstante, pudo escapar á duras penas.

Un cazador pudo seguirle en su vuelta á casa, donde le oyó decir:

—Hermanita mía, déjame entrar.

Y observó que se abrió la puerta, y que en seguida entró el ciervo.

El cazador retuvo fielmente en la memoria estas palabras; se incorporó al séquito del Rey, y refirió á éste lo que había visto y oído.

El Rey dijo:

—Mañana proseguirá la batida.

Pero Rosita se alarmó mucho al ver herido al ciervo, á quien lavó la herida, le aplicó hierbas aromáticas en ella, y luego le dijo:

—Anda á la cama, querido ciervo mío, á curarte.

La herida era muy insignificante, y no sintiendo molestia alguna al día siguiente el ciervo, cuando volvió á oír los rumores de la cacería, dijo:

—Mira, hermanita, no lo puedo remediar, necesito salir, y te juro que no me cogerán tan fácilmente.

Y Rosita decía llorando:

—Hermanito de mi alma, hoy te matarán; me dejarás sola en el bosque, y en el mundo abandonada, y ¿qué será de mí?..... ¡No te dejes salir!

—Pues aquí moriré de pena—dijo el ciervo—pues cuando oigo sonar el cuerno de la batida, parece que las patas se me convierten en alas que me obligan á volar.

Rosita se enterneció; abrió la puerta, á pesar de su tristeza, y el ciervo se lanzó al bosque contento y retozón.

Apenas le columbró el Rey, gritó á los cazadores:

—Perseguidle hasta la noche, mas no le hagáis mal alguno.

Cuando el sol se ocultó, dijo el Rey al montero:

—Ahora ven conmigo, y muéstrame la casita de que me has hablado.

Llegaron; llamó á la puerta, y el cazador dijo:

—Hermanita mía, déjame entrar.

La puerta se abrió; entró el Rey, y lleno de admiración vió á una joven tan hermosa, cual jamás pudiera haberse imaginado.

Rosita se sobresaltó, cuando en vez del ciervo vió que entraba en su casita un Rey con su corona y todo; pero el Rey la miró con mucha dulzura, y tendiéndola su mano, la dijo:

—Hermosa mía, ¿quieres venirme conmigo á mi palacio y ser mi esposa?

—¡Ah! sí—contestó la joven;—pero es necesario que venga conmigo también mi ciervo; no puedo separarme de él.

El Rey contestó:

—Permanecerá contigo mientras viva, y de nada carecerá.

Entonces entró el ciervo saltando y retozando; Rosita le acarició y ató con la cuerda de juncos; cogió la cuerda del extremo con la mano, y salió con él de la casa.

Subió el Rey á la joven sobre su caballo; la llevó á palacio, y con grandísima pompa y ostentación



.....Llamó á la puerta y el cazador dijo.....

se celebró la boda, y desde entonces Rosita fué la Reina y vivieron largo tiempo juntos. El ciervo estaba muy bien cuidado, muy rollizo y lustroso, y saltaba y corría por los jardines del palacio. La infame madrastra, causante de que los niños abandonaran la casa paterna, y que imaginaba que Rosita había sido devorada por las fieras del bosque, y que su encantado hermanito, convertido en ciervo, había sucumbido en las batidas del monte, cuando á sus oídos llegó que eran tan dichosos y vivían en la mayor prosperidad y fausto, se despertaron y enconaron en su corazón el odio y la envidia más feroces, y se dedicó á encontrar un medio para sumir á los dos hermanitos en la desgracia. Su hija verdadera, que era más fea que el hambre, tuerta y roma, la reconvenía, diciéndola:

—¡A mí, á mí me pertenece la dicha de ser reina, y no á esa chiquilla horrorosa!

—Déjate, no pases pena—la decía su madre por tranquilizarla.—Cuando la ocasión se presente, yo te procuraré lo que desees.

Y la ocasión llegó. La reina Rosita dió á luz un hermoso infante, y como el Rey se hallase de caza, la hechicera entró en el cuarto en que la Reina se hallaba acostada, y la dijo:

—Señora, el baño está preparado; venid pronto, antes que se enfríe.

Y acompañada de su feísima hija, llevó a la

Reina convaleciente al baño, la dejó en él, y después subieron hija y madre corriendo y cerrando la habitación, no sin haber encendido antes junto al baño un enorme brasero de carbón para que la reina Rosita se asfixiara cuanto antes.

Esto ejecutado, la bruja agarró á su detestable hija, la puso un tocado ridículo en la cabeza y la acostó en el lecho de la Reina, dándola el parecido de ésta; pero no pudo ponerle el ojo perdido, y para que el Rey no echase de ver esto, la mandó acostarse del lado del defecto.

Al caer de la tarde volvió el Rey de la caza y supo con alegría inmensa que había nacido un infante muy hermoso, y al ir á ver á su amada esposa en la cama para saber cómo seguía, le dijo la bruja:

—Señor, por Dios, no abráis las cortinas; la Reina no está en disposición aun de ver la luz.

El Rey atendió el aviso, muy lejos de recelar que en su cama se hallaba acostada una Reina fingida y horrible.

A media noche, la nodriza vió que la puerta se abría y entraba la Reina verdadera. Sacó al niño de la cuna, tomóle en sus brazos y le dió el pecho.

Luego volvió á ponerle en su cuna y lo abrigó con las mantas. Tampoco se olvidó de su querido ciervo; se acercó al sitio donde estaba descansando, le acarició y salió silenciosa de la estancia. Al día



Señor, por Dios, no abráis las cortinas.

siguiente preguntó la nodriza á los alabarderos si había entrado alguien en palacio durante la noche, y contestaron:

—No, no ha entrado nadie.

La Reina volvió muchas noches de la misma manera, é hizo lo mismo, sin decir una palabra. La nodriza lo observaba siempre, pero nada decía.

Pasado algún tiempo, la Reina comenzó á hablar cuando por las noches se presentaba en la estancia de su hijo, preguntando:

—¿Qué hace mi niño?

¿Qué hace mi ciervo?

Volveré dos veces aun.

Y ya no volveré á hacerlo.

La nodriza se calló; pero cuando vió desaparecer á la Reina, corrió á contárselo al Rey, quien exclamó:

—¿Qué significa esto, Dios mío? ¡Voy á pasar la noche velando á mi hijo!

Efectivamente; por la noche fué al cuarto del niño, y á eso de las doce apareció la madre, diciendo:

—¿Qué hace mi niño?

¿Qué hace mi ciervo?

Aun volveré una vez más.

Y ya no volveré á hacerlo.

Cogió al niño como hacía siempre, le volvió á la cuna y desapareció.

Sobrecogido el Rey, no se atrevió á decirla nada; pero la siguiente noche se quedó también velando al niño. La Reina dijo:

—¿Qué hace mi niño?

¿Qué hace mi ciervo?

Vengo esta vez, y ya no vuelvo.

No pudo ya contenerse el Rey; se abrazó á la Reina, y la dijo:

—¡Tú, tú eres mi adorada esposa!

—Sí—le contestó—soy tu esposa amada.

Y en aquel instante recobró la vida por un milagro de Dios, y recobró la frescura y esplendor de su sin par hermosura. Enteró á su esposo del crimen que con ella habían cometido la infame bruja y su horrorosa hija, y el Rey las obligó á comparecer ante el tribunal de justicia, donde fueron sentenciadas. La hija fué internada en el bosque, donde fué despedazada por las fieras y por los grajos comida, y la malvada hechicera fué condenada á la hoguera y consumida por las llamas.

El ciervo recobró su primitiva forma humana, y Rosita y Joaquinito vivieron desde entonces muy felices hasta el fin de sus días.



LOS SIETE CUERVOS

Un matrimonio tenía siete hijos, todos varones. Así el marido como la mujer, anhelaban tener una hija.

Al fin vieron satisfecho su deseo.

La mujer dió á luz una niña, pero tan pequeña, tan delgada, tan diminuta, que sus padres temían que se les muriera de un momento á otro.

El cura del lugar estaba entonces de viaje, y no pudiendo dar á la criatura el agua del bautismo, decidieron darle el agua de socorro.

El padre envió á uno de sus hijos á buscar agua á la fuente; el muchacho fué corriendo, y sus seis hermanos le acompañaron. Se detuvieron á

jugar un rato, y llegaron á la fuente al cabo de media hora.

Al fin sacaron el agua; pero entonces empezaron los siete chicos á disputar sobre quién había de llevarla á casa. Cada cual pretendía que corría más, y por consiguiente que podía llegar mucho más pronto; ninguno quería ceder, cuando de repente, queriendo todos ellos arrebatarse á otro el cántaro, se cayó éste y se hizo en el suelo mil pedazos.

Los siete hermanos, muy asustados y pesarosos por lo sucedido, se quedaron allí mirándose los unos á los otros. No se atrevían á volver á casa por no afrontar la justa ira de su padre.

El padre, efectivamente, estaba, y con razón, de un humor terrible, pues temía que la niña se muriese sin bautizar.

—¡Cuánto tardan esos chiquillos!—decía.

Y se asomaba á la puerta, y miraba en todas direcciones, pero nada. Los chicos no parecían por ningún sitio.

—Esos condenados, pensaba, han tenido ya tiempo de sobra para ir y venir veinte veces; pero se habrán puesto á jugar y no se acordarán de lo que les dije.....

Y siguió esperando.

Desesperado al fin por la tardanza, que ya se prolongaba en demasía, llegó á enfurecerse de tal modo, que lanzó un terrible juramento.



Se hizo en el suelo mil pedazos.

LA GALLINITA Y EL POLLITO.

Al mismo tiempo lanzó contra sus hijos la siguiente maldición:

—¡Dios quiera que esos granujas de chiquillos se conviertan en cuervos.

Apenas había dicho estas palabras, cuando oyó en los aires graznidos de cuervos y batir de alas.

Se asomó á la ventana y vió siete cuervos negros que pasaban sobre su tejado volando con rapidez. Un secreto presentimiento le anunció que eran sus hijos.

Entonces se arrepintió de la terrible maldición lanzada contra sus hijos; pero ya la cosa no tenía remedio.

La pobre madre lloró amargamente, y por poco muere del disgusto.

Pero no hay poder humano que evite los efectos de una maldición una vez lanzada.

Por fortuna la recién nacida no murió, como temían sus padres. Empezó á fortalecerse y á crecer, siendo cada día más notables su gracia y su belleza; era el único goce y el mayor consuelo de sus padres.

Estos evitaron cuidadosamente, por no entristecerla, el hablarle de sus hermanos; pero una vecina chismosa y habladora, la llamó un día para acariciarla y regalarle varias golosinas.

Al mismo tiempo la dijo con la mayor natura-

lidad del mundo, como quien no dice nada de particular:

—Te deseo muchos años de vida, niña hermosa; pero nunca vivirás tanto como tus hermanos, porque los cuervos suelen vivir siglo y medio; y á veces más.

—Yo no tengo hermanos, ya lo sabe usted.

—Vaya si los tienes; y por cierto que tú tienes, sin saberlo, la culpa de su desgracia.

La niña no contestó una palabra, pero llegó á su casa profundamente afligida.

En cuanto vió á su madre le pidió explicaciones, refiriéndole exactamente lo que la chismosa vecina le habia dicho.

Ya no era posible ocultarle la verdad, y entonces le dijeron sus padres que lo ocurrido era una desgracia; que, en efecto, sus hermanos se habían convertido en cuervos, pero que ella no tenía la culpa. Al decir esto, el padre lloraba amargamente.

La niña tenía una conciencia muy delicada y escrupulosa. Las palabras de sus padres no la convencieron, y pensó que estaba en el deber de ir á buscar á sus hermanos hasta el fin del mundo para libertarlos de la desgracia que les affigía.

Esta idea la tenía muy triste, y un día huyó de casa de sus padres, sin llevarse más que un pan, un cuchillo, una calabaza llena de agua y un anillo de plata.

Pronto la faltó qué comer, y entonces tuvo que pedir limosna. De este modo, y durante muchos meses, recorrió gran número de países, pasando hambre, padeciendo sed, sufriendo los rigores del invierno y el verano. Corrió muchos peligros; pero el cielo la protegía, y no le sucedió ninguna desgracia irreparable.

Un día, perdida en un inmenso bosque, se puso á llorar viendo la inutilidad de sus esfuerzos. No estaba arrepentida de su buen propósito y rectas intenciones, pero sí profundamente desanimada. Además, lamentaba el disgusto que por su causa estarían sufriendo sus padres, que tanto le amaban.

Cuando era mayor su aflicción, se le apareció un ángel, que la dijo:

—No te desespere; tus hermanos viven y están en una montaña de cristal que se halla á diez leguas de aquí, hacia el Norte. Toma este hueso, y con él podrás abrir la puerta de la montaña.

La niña se levantó llena de esperanza, y se puso en marcha con dirección á la montaña de cristal.

Á los dos días llegó ante la puerta, que era de cristal de roca, y buscó en su bolsillo el hueso que le había dado el ángel, pero no lo encontró en ninguna parte.

Iba ya á abandonarse á la más acerba desesperación, pero le ocurrió una idea:



Se cortó el dedo pequeño de su mano derecha.

—Quizás un hueso mío valga tanto como el que me dió el ángel, se dijo.

Y sin vacilar, á pesar del espantoso dolor que sufría, se cortó el dedo pequeño de su mano derecha, para probar si un hueso de su mano podía servir de llave á la puerta de cristal de roca.

No hizo en vano tan cruento sacrificio, pues apenas metió su hueso en la cerradura, la puerta se abrió de par en par.

Entonces entró en el interior de la caverna, y se vendó la herida con un pañuelo.

Un enano de horrible aspecto la salió al paso preguntándole qué buscaba allí.

—Busco á mis hermanos, respondió ella.

—¿Y quiénes son tus hermanos?

—Siete cuervos negros.

—Aquí viven, y son mis amos; pero no están aquí, se han ido á dar un paseo.

—¿Sabes si volverán pronto?

—No tardarán en volver..... Precisamente iba á prepararles la mesa para que cenén.

Y dicho esto, el enano puso sobre la mesa un mantel blanco, siete cubiertos y siete copas.

En seguida pasó á la cocina, trajo la cena, puso en cada plato una porción y llenó las siete copas de un vino de calidad inmejorable.

La joven, que tenía mucha hambre, se tomó de cada plato un bocado y de cada copa un sorbito.



La cogió con el pico y la reconoció.

En la última copa dejó caer la sortija, y después se escondió en una sala inmediata.

Pocos momentos después oyó ruido de alas y graznidos, eran los siete cuervos que volvían.

El paseo les había abierto el apetito, y se sentaron á la mesa tan pronto como llegaron.

Al observar que les faltaba algo en los platos y en las copas, gritaron:

—¿Quién se ha atrevido á tocar mi plato y mi copa?.... No cabe duda la boca de un ser humano....

Cuando el séptimo vació su copa encontró en el fondo la sortija; la cogió con el pico y la reconoció.

Sus hermanos también la reconocieron, pues dijeron en coro:

—¡Esa sortija es de nuestra madre!

Y los siete cuervos se miraban unos á otros sin saber qué pensar.

—¡Oh, Dios mío! exclamó unos de ellos; ¿cómo habrá venido aquí esta sortija? Si la hubiera traído nuestra hermana, y pudiera darnos un beso á cada uno, seríamos felices, pues cesaría nuestro encanto y recobraríamos la figura humana.

Apenas oyó estas palabras, salió la niña de donde estaba oculta, que era detrás de la puerta, y estrechó á sus hermanos con la mayor ternura sobre su corazón. En seguida besó cariñosamente el pico á los siete.



Tomaron el camino de su casa.

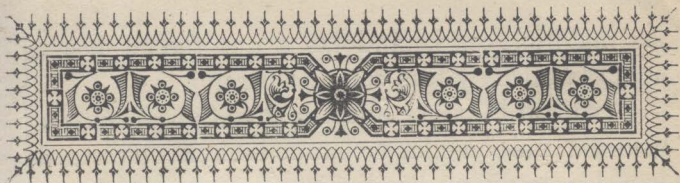
En aquel momento los cuervos volvieron á su forma natural y recobraron la forma humana, con gran contentamiento de la niña. Eran siete hermosos mancebos.

La alegría de los ocho hermanos apenas puede imaginarse, y menos describirse.

Aquella misma noche tomaron el camino de su casa, pues la impaciencia no les permitió aguardar al otro día.

No retrasaron su salida más que el tiempo necesario para llenar sus bolsillos y cargar varias maletas con los tesoros que la montaña de cristal encerraba en su seno.

Sus padres, que estaban desesperados y próximos á morir de tristeza, al ver á su hija y á sus siete hijos, que creían haber perdido para siempre, quedaron indemnizados de todas sus amarguras, y en lo sucesivo vivieron ricos y felices. En cuanto al padre, por nada de este mundo hubiera vuelto á proferir una maldición.



EL NIÑO PINTOR

Iba una niña con su hermanastra y con su madre por un camino para buscar pienso para el ganado, cuando salió San José á su encuentro disfrazado de pobre, y preguntó:

—¿Qué camino debo seguir para ir á la aldea?

—Si lo queréis saber —dijo la madre— buscadle.

Y la hija añadió:

—Si no sabéis el camino, buscad un guía.

Pero la hijastra, que era muy compasiva, dijo:

—¡Pobre hombre! Yo te guiaré; ven conmigo.

Entonces San José, indignado por la conducta de la madre y de la hija, las volvió las espaldas y

las maldijo, condenándolas á que fuesen negras como la noche y feas como el pecado.

Pero con la pobre hijastra tuvo San José misericordia; fué con ella, y cuando estuvieron cerca de la aldea, la dió su bendición y dijo:

—Eres una buena niña; pide tres cosas, y te las concederé.

Entonces dijo la niña:

—Quisiera ser tan hermosa y tan pura como el sol.

É inmediatamente se convirtió en blanca y hermosa como el día.

—También quisiera tener un portamonedas que no se vaciara nunca.

También esto la concedió San José; pero la dijo:

—Ten cuidado de no olvidar lo mejor.

Entonces dijo ella:

—Por último, pido la gloria eterna después de mi muerte.

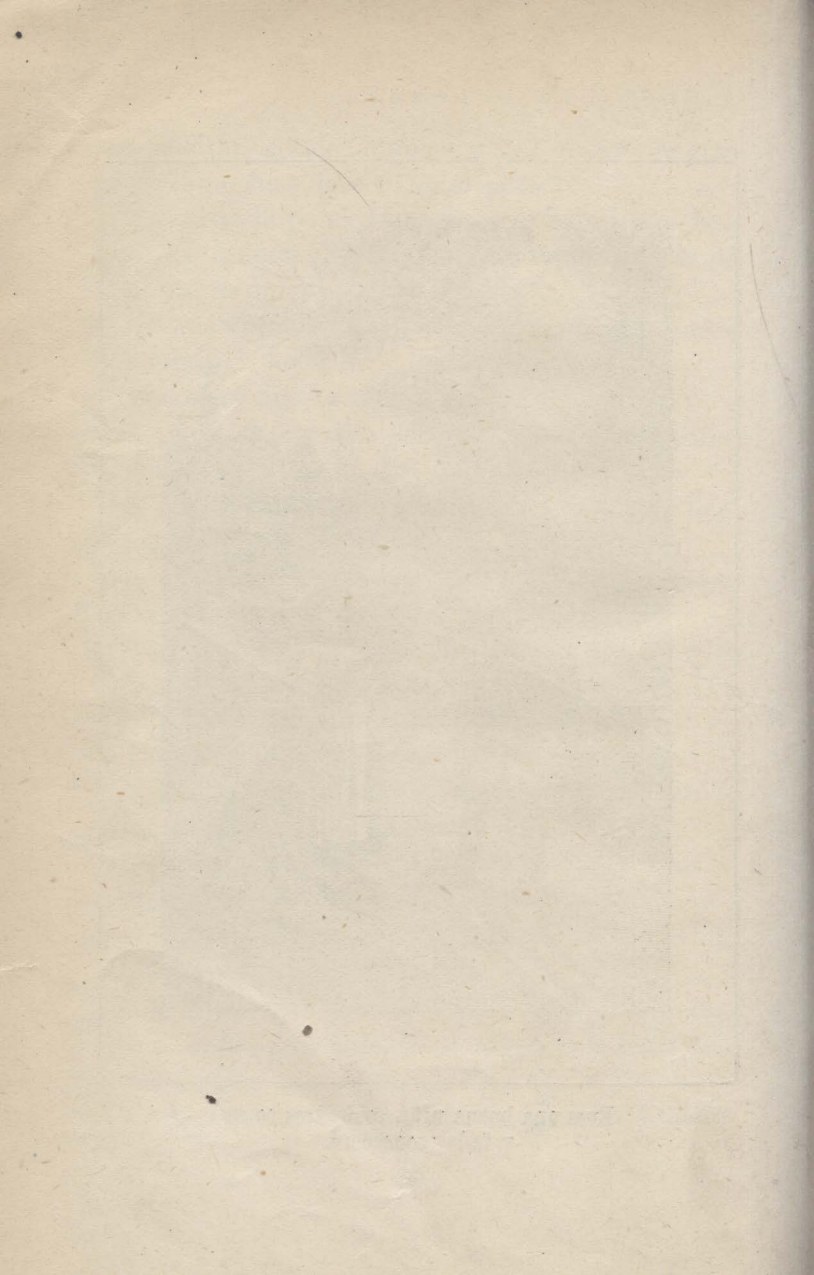
También esto le fué prometido, y el Santo se despidió de ella.

Cuando la madrastra volvió á casa con su hija y vió que las dos eran negras como el carbón, y que la hijastra se había vuelto blanca y hermosa, creció tanto en su corazón el odio que la tenía, que no hacía más que pensar en hacerla daño.

La hijastra tenía un hermano llamado Luisito.



Eres una buena niña; pide tres cosas
y te las concederé.



que era pintor, á quien quería mucho, y le contó todo lo que había pasado.

Un día la dijo Luisillo:

—Hermanita querida, voy á retratarte, para tenerte siempre ante mi vista, porque te quiero tanto, que quisiera mirarte sin cesar.

Y ella respondió:

—Hazlo, pero no dejes ver á nadie el retrato.

Luisillo retrató á su hermana, y colgó el retrato en su cuarto; y como era pintor del Rey, vivía en su palacio.

Todos los días se ponía delante del retrato, y daba gracias á Dios por la felicidad que había concedido á su hermana querida.

Acababa de morirse la mujer del Rey, á quien Luisillo servía; y había sido tan hermosa, que no se podía encontrar ninguna que se pareciera á ella, por lo que el Rey se affigía mucho, y la recordaba sin cesar.

Los criados descubrieron que el pintor se paraba todos los días delante del hermoso retrato, y se lo contaron al Rey.

Éste mandó entonces que le trajesen el retrato, y vió que se parecía en todo á su difunta esposa, sólo que era aún más hermosa que ella, de tal suerte, que se sintió vivamente enamorado.

Hizo llamar al pintor, y le preguntó de quién era el retrato.

Cuando éste respondió que era su hermana, el Rey le dió un abrazo; le prometió no casarse con ninguna mujer más que con aquella; le regaló coche y caballos y magníficos vestidos de oro, y le envió en busca de su futura.

Cuando Luisillo llegó con esta noticia, su hermana se alegró muchísimo; pero la negra, envidiosa de la dicha de la otra, dijo á su madre:

—¿De qué te sirven ahora todas tus artes mágicas, si no me puedes proporcionar tan buena suerte como la de mi hermana?

Entonces dijo la vieja:

—Cállate; ya te la proporcionaré.

Y por medio de sus artes mágicas turbó la vista al pintor, que quedó medio ciego, y tapó los oídos á la blanca, que quedó medio sorda. Luego subieron al coche, primero la novia, con los magníficos y regios vestidos, luego la madrastra con su hija, y Luisillo iba en el pescante guiando.

Después que hubieron viajado un rato, exclamó el pintor:

—Tápate bien, hermanita mía; tápate bien, para que no te moje la lluvia ni el aire te cubra de polvo, y llegues hermosa ante el Rey.

La novia preguntó:

—¿Qué dice mi querido hermano?

—¡Ay!—dijo la vieja;—ha dicho que te quites los vestidos de oro y se los des á tu hermana.



Delante del hermoso retrato.

LA GALLINITA Y EL POLLITO.

Ella se los quitó entonces y se los puso á la negra, que la dió en cambio una mala falda gris.

Así continuaron el camino; al cabo de un ratito exclamó el hermano nuevamente:

—Tápate bien, hermanita, para que no te moje la lluvia, el aire no te cubra de polvo, y llegues hermosa ante el Rey.

La novia preguntó:

—¿Qué dice mi hermano querido?

—¡Ay!—dijo la vieja;—ha dicho que te quites el gorro de oro y se lo des á tu hermana.

Ella se lo quitó y se lo puso á la negra, quedándose con la cabeza al aire.

Así continuaron el camino, y al poco rato exclamó el hermano:

—Tápate bien, hermanita, para que no te moje la lluvia, el aire no te empolve, y llegues hermosa ante el Rey.

La novia preguntó:

—¿Qué dice mi hermano querido?

—¡Ay!—dijo la vieja;—ha dicho que asomes la cabeza para mirarle.

Pasaban entonces precisamente por un elevado puente, y cuando la novia se levantó y se inclinó fuera del coche para mirar, las dos la empujaron y la tiraron al agua.

Al caer, subió á la superficie del agua un pato blanco como la nieve, y bajó el río nadando. El

hermano no había advertido nada, y siguió su camino.

Cuando llegó al palacio Real hizo al Rey la presentación de la negra como su hermana, creyendo que era aquélla, porque tenía turbios los ojos y no veía más que el brillo de los vestidos de oro.

El Rey, cuando advirtió la horrible fealdad de la que creía ser su novia, se encolerizó y dió orden que arrojasen al pintor en una fosa llena de serpientes venenosas.

Entonces la bruja, por medio de sus artes mágicas, logró fascinar al Rey, hasta el punto de que éste permitió que ella y su hija se quedasen en palacio, y hasta consiguió que el Rey se casase con ella.

Una noche, mientras la novia negra estaba sentada sobre las rodillas del Rey, entró un pato blanco á la cocina, y dijo al pinche:

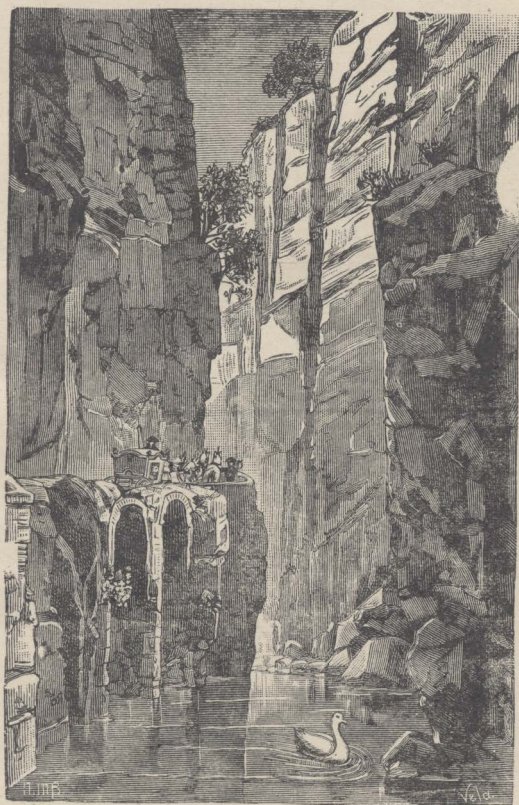
—Muchacho, deja que me acerque á la lumbre para que me pueda calentar las plumas.

Encendió el pinche la lumbre, y el pato se acercó á ella, sacudióse y arreglóse las plumas con el pico. Y mientras estaba sentado así, preguntó:

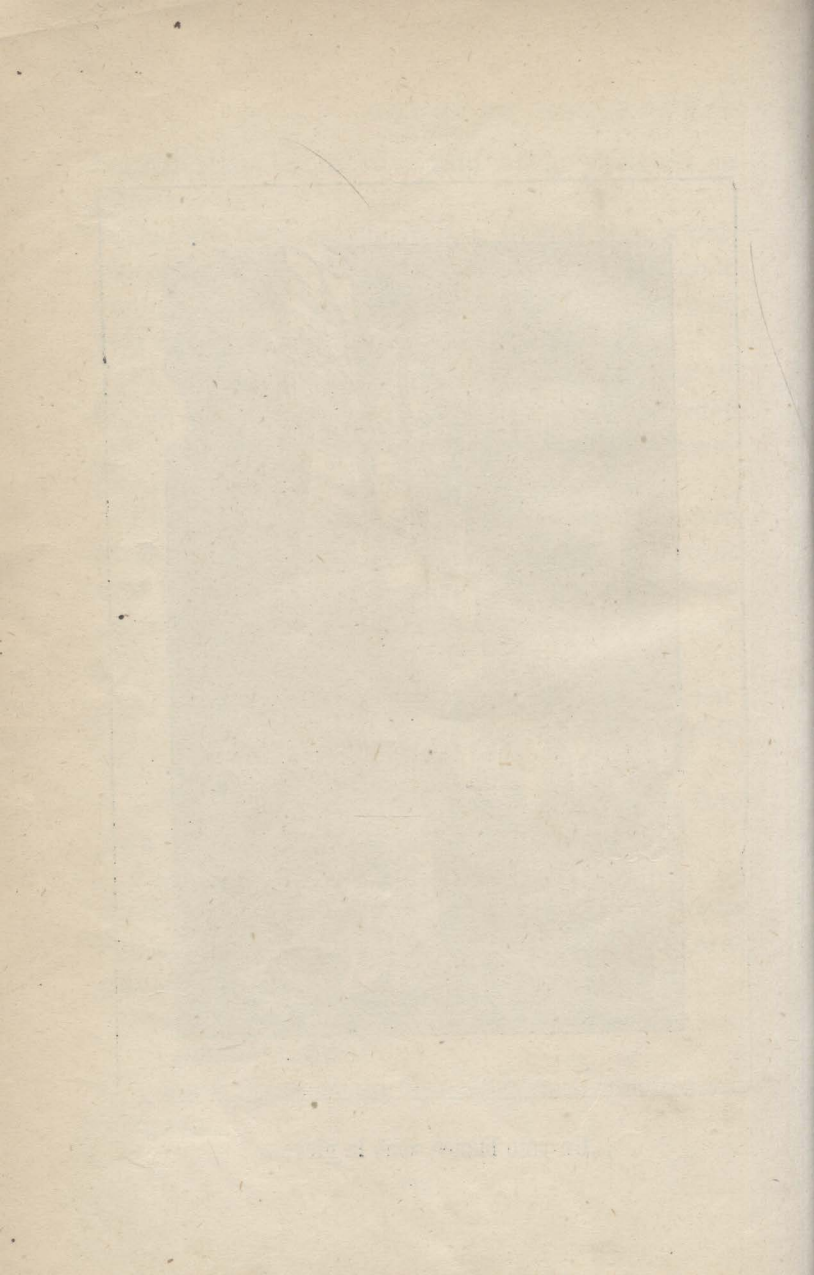
—¿Qué hace el bueno de Luisillo?

El pinche contestó:

—Está preso en un foso lleno de serpientes venenosas.



...Un pato blanco como la nieve...



Y él siguió preguntando:

—¿Qué hace la bruja negra en la casa?

El pinche contestó:

—Está sentada sobre las rodillas del Rey.

Entonces dijo el pato:

—¡Dios nos ayude!

Y salió de nuevo.

A la noche siguiente volvió el pato é hizo las mismas preguntas, y así también la tercer noche.

Entonces el pinche, no pudiéndose contener ya más, fué al Rey y le contó todo lo ocurrido.

El Rey quiso verlo por su propios ojos; entró á la noche siguiente en la cocina, y al ver que el pato asomaba la cabeza por el albañal, cogió una espada y le cortó el pescuezo. Y sucedió que en el mismo momento se convirtió el pato en una hermosa joven, que se parecía al retrato que el hermano había pintado de ella.

Llenóse de sorpresa y alegría el Rey; pero al verla toda mojada, mandó traer lujosos vestidos, muy preciosos, para que se los pusiera.

Hízolo así, y le contó al Rey cómo con malicia é hipocresía la habían engañado, y después arrojado al río, y cómo su más vivo deseo era que sacasen á su hermano de la cueva de las serpientes.

Dispuso el Rey que se hiciera cuanto ella quería, y fué luego al cuarto donde estaba la vieja bruja, á la que preguntó:



El pato asomaba la cabeza.

452
2
2 2

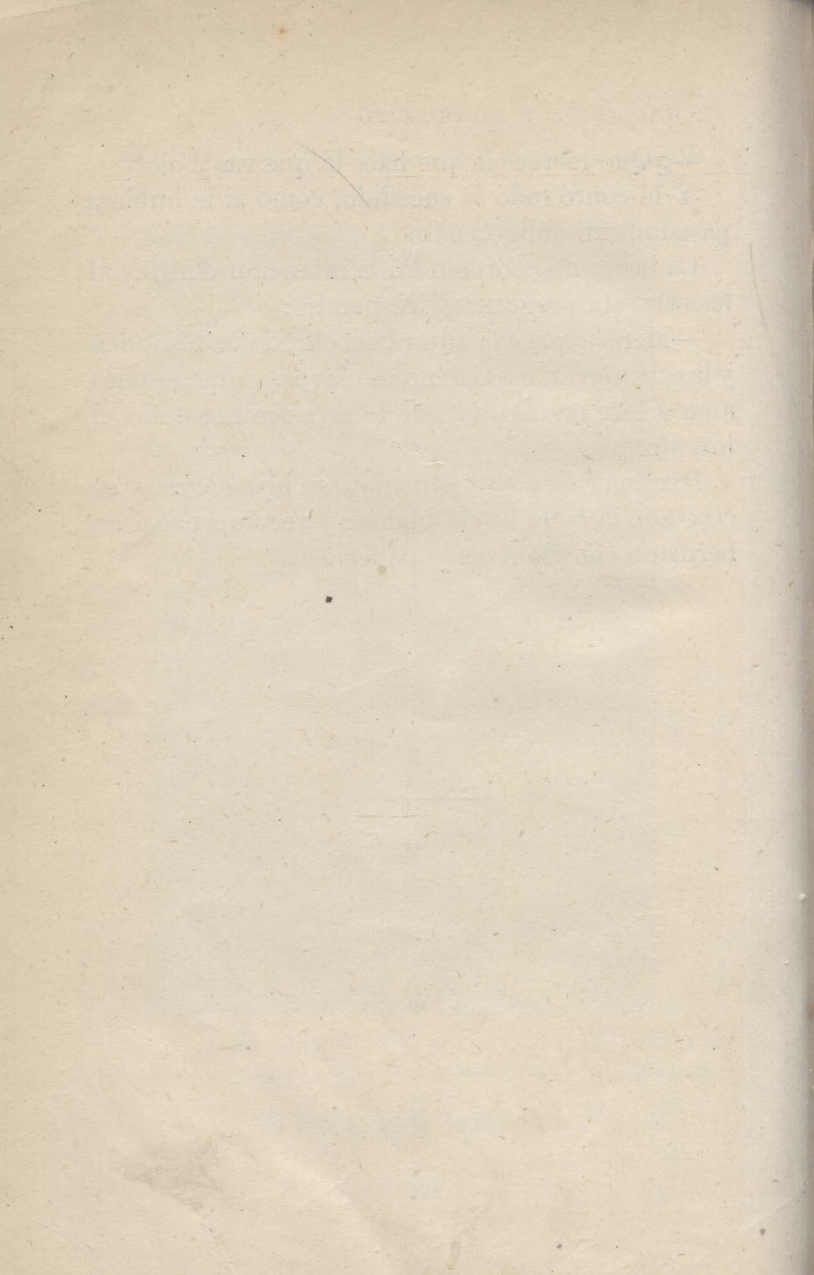
—¿Qué merece la que hace lo que vas á oír?

Y le contó todo lo sucedido, como si le hubiera pasado á un amigo suyo.

La bruja no comprendió la intención del Rey al hacerle esta pregunta, y respondió:

—Merece que á la autora del enredo la desnuden y la echen en un cubo lleno de clavos, y que después aten á éste un caballo que lo arrastre por todo el mundo.

Hízolo el Rey con la bruja y su hija negra, y se casó con la bella novia blanca, y recompensó á su hermano con riquezas y poderío.





EL RUISEÑOR

La hija del Rey del Tonkín era en verdad una hermosísima Princesa, á pesar de que su estatura era tan pequeña, que habría sido fácil tomarla por la hermana mayor de su muñeca. Cuando cumplió quince años la Princesita, su padre le preguntó si la disgustaba la idea de contraer matrimonio.

—Al contrario, esa idea me parece agradabile— exclamó la joven.

—Entonces voy á invitar á cabalgatas, fiestas y bailes á todos los príncipes de las cercanías, para que puedas hacer entre ellos una elección digna de ti y de mí.

—Evita cuidadosamente, padre mío—respondió la joven—el peligro de recibir tantos príncipes en

la corte. Eso te ocasionaría muchos gastos inútiles. Hace ya tiempo que estoy enamorada, y todas mis aspiraciones se verían satisfechas si me dieses por esposo al ruiseñor que entona todas las tardes en cantadoras endechas en el rosal de mi ventana.

Semejante noticia, como fácilmente se comprende, asombró y disgustó profundamente al Rey. ¡Su hija quería casarse con un pájaro! ¡Tendría un yerno emplumado! ¡Y acaso se celebraría la boda en un árbol ó en una jaula! Estas burlas, lejos de hacer reir á la Princesa, le afligieron cruelmente, y se retiró con el corazón lleno de amargura; y por la tarde, apoyada en la ventana, mientras el ruiseñor gorjeaba entre las rosas abiertas, exclamó:

—¡ Ah, hermoso pájaro á quien adoro, cese tu alegría, pues mi padre no quiere permitir que nos casemos!

El ruiseñor contestó:

—No te pongas triste, Princesa de mi alma; todo irá bien, puesto que nos amamos.

Y la consoló cantándole todas las bellas canciones que sabía, y que ella escuchó con vivo deleite.

.....

Ocurrió por entonces, que tres gigantes (hechiceros muy famosos) fueron á sitiar la capital del reino del Tonkín. No necesitaban para ser temibles que los siguiera un ejército, pues se bastaban



—¡Ah, hermoso pájaro, á quien adoro!...

para difundir el espanto. Llegaron solos hasta la muralla, é hicieron saber, hablando con voz de trueno, que si antes de tres días no les entregaban la ciudad, la destruirían piedra por piedra, y matarían á puñetazos á todos sus habitantes. El terror fué tan grande, que todas las madres corrían atemorizadas por las calles, estrechando contra su seno á sus afligidos hijos; entre los cortesanos había algunos que se preguntaban si no obrarían cuerdamente yéndose á poner á las órdenes de los tres hechiceros, pues es más gloriosa que prudente la lealtad hacia los débiles.

Pensando cómo podría salir del mal paso, el Rey ideó un medio: envió correos á todos los príncipes, de las cercanías para anunciarles que daría su hija por esposa á quien lo librara de los gigantes. Pero los príncipes que conocían la fuerza y la crueldad de los gigantes, se guardaron muy bien de entrar en campaña, por más seductora que les pareciese la recompensa ofrecida; un poco antes de concluir la noche del tercer día, cuando todo el mundo esperaba hallar la muerte entre los escombros de la ciudad, algunas personas que estaban de centinela en lo alto de la muralla, vieron salir de la tienda en donde se habían acostado para adquirir fuerzas, á los tres gigantes, con gestos de dolor y de espanto, y desaparecer dando alaridos, como si se hubiesen vuelto locos.

La alegría de todos fué tanto más grande, cuanto mayor había sido la desesperación; sin embargo, no podían concebir la causa de una salvación tan inesperada.

—Padre mío—dijo la Princesa—á quien debemos agradecer la salvación de la ciudad, es al pajarillo á quien adoro. Ha entrado revoloteando en la tienda de los gigantes, y mientras dormían les ha sacado los ojos á picotazos. Espero que cumplirás tu promesa, y que me dejarás tomar por esposo al ruiseñor del rosal florido; con tanto más motivo, cuanto que ha sabido ganar mi mano.

Al oír esto el Rey, sea porque juzgara poco verosímil el relato de la Princesa, ó ya porque, á pesar del servicio prestado, le pareciera ridículo tomar á un pájaro por yerno, rogó á su hija que no le molestara más con aquella locura, y volvió la espalda de muy mal humor. Por la tarde, mientras que el ruiseñor preludiaba entre las hojas y flores, dijo la joven:

—¡Ah, hermoso pájaro á quien adoro, cese tu alegría, pues mi padre, á pesar de que le has librado de los gigantes, no quiere permitir que nos casemos!

El ruiseñor contestó:

—No te pongas triste, Princesa de mi alma; todo irá bien, puesto que nos amamos.

Y la consoló cantándole nuevas y preciosas



...Vieron salir de la tienda á los tres gigantes.

canciones que había compuesto expresamente para ella.

.....
Aun no había pasado un mes después de esto, cuando desapareció el tesorero de palacio sin que nadie pudiese saber dónde se había fugado, y el cofre de cedro y oro que contenía poco antes multitud de diamantes, esmeraldas, rubíes, topacios y perlas, estaba vacío.

El Rey, que era muy avariento, se mostró en extremo apesadumbrado por semejante robo; y aun cuando disponía de muchos otros caudales, no cesaba de lamentarse, como un pordiosero á quien hubiesen arrebatado los céntimos reunidos en diez años de pedir limosna de puerta en puerta. Hizo que sus heraldos salieran á pregonar por todos los reinos vecinos que daría á su hermosa hija por esposa á quien, príncipe ó no, descubriera al ladrón y devolviera al Real palacio las pedrerías. Estas promesas no dieron resultado; pasaron muchos días sin que llegaran noticias del tesorero ni del tesoro.

Una mañana, al levantar el Rey con honda pena la tapa del cofre en que antes se recreaba, lanzó una exclamación de júbilo. ¡Todos los brillantes, esmeraldas, rubíes, topacios y perlas estaban allí! Despedían tales fulgores, que cualquiera hubiera creído que la habitación estaba llena de luceros.

Es fácil comprender la inmensa satisfacción del Rey; sin embargo, hubiera deseado conocer la persona que había devuelto las piedras, aunque le hubiera dolido tener que recompensarle.

—Padre mío—dijo la Princesita—á quien debemos agradecer este nuevo servicio es al pájaro á quien adoro. Había acechado y seguido al ladrón, y sabía dónde estaba oculto el tesoro. Durante muchos días, durante muchas noches, con un trabajo indecible, trayendo un rubí en la pata izquierda, una perla en la derecha y un diamante en el pico, ha hecho centenares y miles de viajes del escondrijo al cofre; yo tenía la ventana abierta durante tu sueño ó cuando estabas de caza, y de este modo entraba el pájaro con su preciosa carga. Espero que cumplirás tu promesa y me dejarás tomar por esposo al ruiñeñor del rosal florido, que tantos merecimientos ha contraído contigo.

Pero el Rey era tan terco y orgulloso como avaro. Como las gentes que no tienen razón, tomó el partido de enfadarse, y declaró á su hija que la encerraría en una torre como loca si volvía á hablarle de su casamiento con el pájaro. Por las noches, cuando el ruiñeñor cantaba á la luz de la luna, la joven, derramando lágrimas, dijo:

—¡Hermoso pájaro á quien adoro, cese tu alegría, que mi padre no quiere consentir en que nos casemos!



...el Rey lanzó una exclamación de júbilo.

Y el ruiseñor contestó:

—No te pongas triste, Princesa de todo irá bien, puesto que nos amamos.

Y la consoló cantándole nuevas canciones para ella, las más dulces que jamás escuchado la amante joven.

.....
Este consuelo debió ser insuficiente, porque la Princesita languideció á causa de su amor contrariado, y murió poco después de una enfermedad misteriosa. Para llevarla al sepulcro real, fué puesta en un lecho de claveles y rosas blancas, en donde aparecía más blanca que las flores; el Rey, seguido por el pueblo, marchaba junto al ataúd, lanzando gritos desgarradores, capaces de conmover á un corazón de mármol.

Llegaron al cementerio, y ya iban á colocar en la tumba á la pobre joven, cuando un ruiseñor cantó, posado en una rama de álamo blanco:

—¡Oh Rey! ¿Qué darías tú al que te devolviese viva la Princesa tu hija, á quien tanto lloras?

—¡Á quien me la devolviera—exclamó el Rey—se la daría por esposa, y con ella la mitad de mi reino! ¡Lo juro!

—Guárdate tu reino, que de nada me sirve. Tu hija me basta. Pero cuidado con faltar á tu juramento.

Después de pronunciar estas palabras, el ruise-

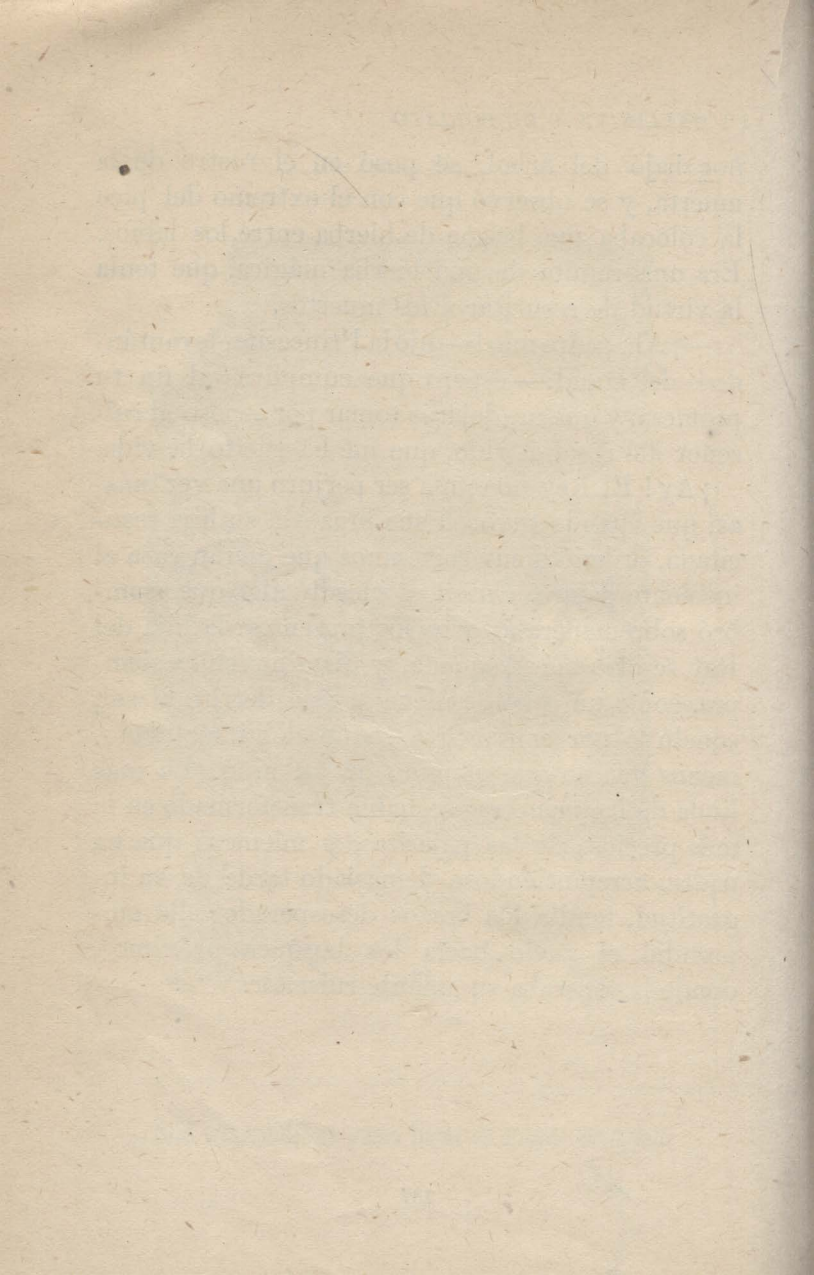


...Ella emprendió el vuelo hacia el bosque próximo.

ñor bajó del árbol, se posó en el rostro de la muerta, y se observó que con el extremo del pico la colocaba una brizna de hierba entre los labios. Era una ramita de una hierba mágica, que tenía la virtud de resucitar á los muertos.

—¡ Ah, padre mío! —dijo la Princesita, levantándose del ataúd:— espero que cumplirás al fin tu promesa, y que me dejarás tomar por esposo al rui-señor del rosal florido, que me ha vuelto la vida.

¡ Ay! El Rey no temía ser perjuro una vez más, así que cuando tuvo en sus brazos á su hija resucitada, ordenó á sus cortesanos que dieran caza al insolente pájaro. Entonces sucedió algo que asombró sobremanera á todos los presentes: la hija del Rey se hizo más pequeña, y disminuyendo siempre, como un copo de nieve que se derrite al sol, concluyó por convertirse en un débil ser alado, menos grueso que el puño de un niño. La más linda de las princesas se había transformado en la más preciosa de las pajaritas, y mientras que su padre, arrepintiéndose demasiado tarde de su ingratitude, tendía los brazos desesperado, ella emprendió el vuelo hacía los bosques próximos, donde la esperaba su amante rui-señor.





EL INSTINTO DE LAS AVES

—¡Papá, mira qué pájaro tan bonito he cogido! ¡Qué plumas tiene tan suaves y tan negras! ¡Qué gracioso es! ¡Cuánto trabajo me ha costado apasionarle!

—¿Y dónde le has cogido, hijo mío?

—En el tejado; su nido estaba entre unas tejas, al lado de una viga, y yo, que hace tiempo andaba tras él, he subido, y á fuerza de paciencia y maña he logrado cogerle.

—Eso no está bien hecho, Rafaelito. ¿Te gustaría á ti que viniese un gigante, y abusando de su fuerza se apoderase de ti, como tú lo has hecho con el pajarito?

—No, papá, eso me parecería muy mal; pero es

tan bonito este pájaro, que no pude resistir á la tentación.

—Pues, hijo mío, puesto que reconoces que hiciste mal, fácil te es deshacer la falta que has cometido. Suelta ahora mismo ese pájaro; pero antes le pondrás al cuello esta cintita azul.

—¿Para qué, papá?

—Para que el pajarillo guarde grato recuerdo de este día, y para que al mirarse tan engalanado, le sea dulce, en vez de doloroso, el recuerdo de su cautividad, porque el bien de la libertad es de los que no se aprecian hasta que se han perdido.

—Ya le he puesto el lazo, papá. ¡Mira qué bonito. qué hermoso está ahora! ¡Adiós, pajarito mío, adiós; que seas feliz!.... Ya voló. ¡Mira papá, mira qué alegre gira por los aires; mírale con qué gozo tiende su vuelo!

.....
.....

—¡Papá, papá!

—¿Qué quieres, Rafaelito? ¿Qué te ocurre, que tan contento vienes?

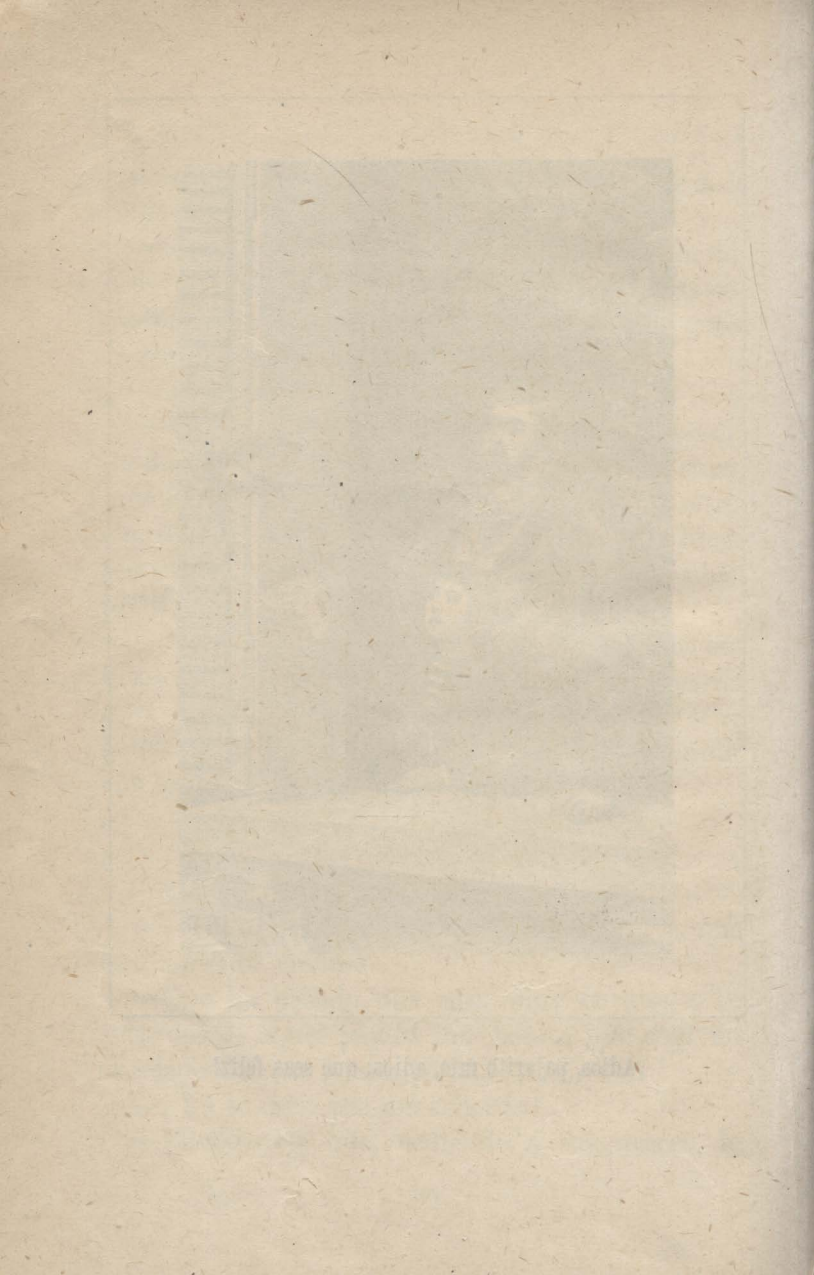
—Que ha pasado una cosa muy curiosa. ¿Te acuerdas de aquel pájaro tan bonito que cogí en el tejado de casa el año pasado?

—¡Ya lo creo que me acuerdo!

—¿Recuerdas que, cediendo á tus deseos, le



¡Adiós, pajarito mio, adiós; que seas feliz!



solté después de haberle puesto al cuello una cinta azul?

—Me acuerdo de ello perfectamente; como que yo mismo te dí la cinta.

—Pues aquel mismo pajarito está otra vez aquí; ha puesto su nido en la misma viga y entre las mismas tejas, y vuela alegre alrededor de nuestra casa como el año pasado.

—¿Y cómo has podido conocer que es el mismo? ¿En qué te fundas para asegurarlo?

—En que tiene en su cuello la cinta azul que yo le puse.

—Me figuraba que eso sucedería, y esa era la idea que tuve al decirte el año pasado que le adornaras así; aquel pajarito era una golondrina, y como todas las de su familia, al llegar el frío emigran á los países meridionales, para volver de nuevo á la primavera á recibir las caricias del sol.

—Y dime, papá: ¿cómo se arreglan las golondrinas, al volver, para conocer el sitio donde el año anterior estuvieron?

—Porque tienen un instinto muy desarrollado, y al hacerlo así, demuestran que son más agradecidas que los hombres, pues mientras éstos se olvidan de los beneficios recibidos, y aun muchas veces se hacen enemigos de los que les favorecen, las golondrinas no son nunca ingratas, y toman gran cariño á los sitios donde hacen sus nidos.

—Dime: ¿qué clase de pájaros son las golondrinas?

—Las golondrinas, hijo mío, son unas aves del orden de los *paserinos* ó pájaros, que así las clasifican los naturalistas, y pertenecen á la familia de los *fisirrostrós*, palabra griega compuesta de *rostro*, que significa pico, y *fisos*, que quiere decir estrecho; porque, en efecto, tienen el pico deprimido, corto, y la boca muy grande en proporción.

—¿Y para qué sirven las golondrinas, papá?

—Hacen grandísimo beneficio á los campos, hijo mío; estas aves se alimentan de insectos exclusivamente, y limpian, por consecuencia, los sembrados de sinnúmero de bichillos.

—¿De modo que las golondrinas no causan daño alguno?

—Al contrario, Rafaelito; lejos de ser perjudiciales, son útiles en extremo, y los labradores, que no lo ignoran, nunca hacen daño á estos animalitos.

—Y dime: ¿con qué hacen sus nidos las golondrinas?

—Con barro y pajitas: los construyen á fuerza de paciencia y habilidad, y después de acabados, son verdaderamente una obra maestra.

—Pues mira, en uno de los libros que tienes en tu biblioteca, que habla de viajes, leí yo un día que los chinos consideran como un manjar exquisito.



Limpian los sembrados de sinnúmero de bichillos.

LA GALLINITA Y EL POLLITO.

10

sito los nidos de las golondrinas, y el año pasado, cuando cogí aquella, quise probar si era verdad que sabían tan bien los nidos.

—¿Y te atreviste á comerte el de tu prisionera?

—Sí, papá; pero me salió cara mi golosina, porque al hincarle el diente se me llenó la boca de tierra, y todo el día estuve escupiendo; por eso desearía que ahora me dijeras si son esos los nidos que tanto gustan á los chinos, porque de ser así, te diré que me parecen los chinos hombres de muy mal gusto, á menos que su paladar sea distinto del nuestro

—Nada de eso, Rafaelito: los chinos son hombres como nosotros; pero los nidos que comen con tanto placer no son los de estas golondrinas, sino los de las denominadas *salanganas*, ó golondrinas de mar.

—¿Y dónde se crían las salanganas?

—En los mares de la China, y especialmente al Sur de la isla de Java; allí hacen sus nidos en las grutas.

—¿Y van á cogerlos allí?

—Sí, hijo mío, y en grandes cantidades; desde allí los exportan á China, donde se emplean por los médicos como alimento á propósito para las naturalezas débiles, y los gastrónomos del Celeste Imperio los miran como manjar delicadísimo, que

estiman tanto como nosotros el pavo trufado ó el jamón en dulce. Pero no vayas á creer que se los comen crudos: los cuecen y preparan con ellos un caldo gelatinoso sumamente ágradable.

—¿Serán muy caros estos nidos, papá?

—Sí, hijo mío, cada uno de ellos cuesta, por término medio, según su clase y su tamaño, de cinco á seis pesetas; en cada kilogramo entran ochenta y cuatro próximamente, de modo que cada kilogramo cuesta próximamente cien duros. Ya ves, pues, que es una comida que no está al alcance de todas las fortunas.

—Pero todavía no me has dicho con qué construyen sus nidos las salanganas.

—Es verdad, hijo mío; los hacen valiéndose de su saliva.

—¿Con saliva? Pues aunque me los dieran regalados no los comía, papá.

—¿Y por qué, tonto? Vamos á ver: ¿no te gusta la miel?

—¡Ya lo creo! Me gusta mucho.

—Pues con su saliva y con un esfuerzo semejante al vómito, la fabrican las abejas; pero déjemonos ya de esto, y para concluir te contaré una leyenda que acerca de las golondrinas existe, y que contribuye mucho á que estas aves sean respetadas en todo el orbe católico.

—¡Ay, sí! Cuéntame esa leyenda, papá.



....Hacen sus nidos en las grutas.

—Escucha, pues: hace cerca de diez y nueve siglos, la ciudad de Jerusalén, en Palestina, era teatro de un crimen espantoso; Jesucristo, el Hijo de Dios, preso y juzgado por los hipócritas escribas y fariseos, había sido condenado á morir clavado en una cruz, como el más infame de los criminales; sus enemigos le habían antes azotado cruelmente, y, para escarnecerle, le habían coronado de espinas, que desgarraban sus sienes y su frente; la atroz sentencia se cumplió, y Jesucristo, crucificado entre dos ladrones, dió su vida para redimir al género humano.

La horrenda ejecución se verificó en el Gólgota, y allí quedó clavado en la cruz Jesucristo hasta que José de Arimatea, ayudado de algunos discípulos del Hijo de Dios, vino á desclavarle del madero para enterrarle en un sepulcro de su propiedad.

Durante el tiempo que Jesucristo estuvo en la cruz sufriendo tormentos horribles, las golondrinas, más compasivas que los hombres, volaban alrededor de Nuestro Señor, y acercándose á su divino rostro, fueron arrancando una por una las espinas que desgarraban la frente del Redentor. Esta tradición se ha conservado hasta nuestros días, y todos los buenos cristianos miran por esta razón con profundo respeto á las golondrinas y no las hacen nunca daño, recordando el beneficio que



...Arrancaron las espinas que desgarraban la frente
del Redentor.

hicieron al Salvador del mundo cuando espiraba en el Calvario para lavar con su sangre preciosa los pecados de la humanidad.

—Dime, papá: ¿esa leyenda es verdadera? ¿Ha sucedido eso?

—Te diré, Rafaelito: las tradiciones legendarias suelen no ser verdades rigurosamente históricas; son leyendas que tienen un fin civilizador y son muy útiles.

—¿Pues para qué sirven?

—Esta ha servido para enseñar á los hombres á respetar la vida de esas inofensivas y benéficas aves ¿Te parece que ha sido poco útil?





ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
La gallinita y el pollito.....	9
El Príncipe y el hada.....	15
Los dos hermanitos	77
Los siete cuervos.....	95
El niño pintor.....	107
El ruiseñor.....	123
El instinto de las aves.....	139

